

CIUDAD OMEGA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



CIUDAD OMEGA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — *Enigma en Sural* — A. Thorkent.
2. — Expedición al infinito—Glenn Parrish.
3. — *El reparto* — Marcus Sidereo.
4. — *Guerra galáctica* — A. Thorkent.
5. — *Atacados en el espacio* — Alf Regaldie.

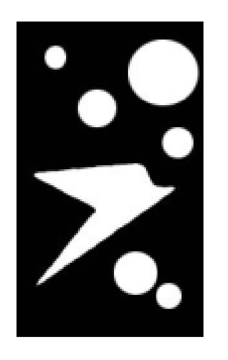
CURTIS GARLAND

CIUDAD OMEGA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° **340**

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 52.309 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1977

© Curtis Garland - 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El aerotren fue puntual. Acostumbraban a serlo. Por ello no me llevé ninguna sorpresa. Además, últimamente había sufrido demasiadas sorpresas para que hubiera ya nada capaz de extrañarme.

Había hecho aquel viaje con una extraña sensación de cansancio, de relajamiento nervioso y muscular. Había sus razones para ello. Una tensión tan terrible, tiene que dar paso a algo así. Después de todo, había visto la muerte demasiado cerca, para que no me sintiera ahora distinto, como liberado de un peso terrible y demoledor.

Claro que aún no estaba satisfecho, ni mucho menos. Tenía pensado apelar, en cuanto me fuera posible, ya que estaba dentro del plazo legal estipulado por nuestras leyes. Pero lo único que podía hacer de momento, a bordo del aerotren que me conducía en la noche a mi lugar de destierro, era pensar en la apelación. Nada más.

Destierro…

Era una dura palabra. Muy dura. Y, sin embargo, aún debía sentirme agradecido a mis jueces. Cualquier cosa era mejor que la muerte. Incluso el destierro, supongo. Al principio, me había sentido casi feliz, al saber que era perdonado de la pena capital, que mi destino era vivir, aunque fuese lejos de todo lo que hasta entonces había significado mi vida, mi mundo, mis gentes y mi ambiente.

Tendría que olvidarme de todo eso. Por tiempo indefinido. Ellos nunca eran demasiado explícitos. Nunca te decían cuándo iba a terminar ese destierro. Dependía de muchas cosas, al parecer. De tu comportamiento, de la revisión periódica de las sentencias, y de factores así.

De todos modos, debía sentirme feliz incluso ahora, lejos del hogar y de la vida habitual. Feliz, porque seguía viviendo, respirando, existiendo en una palabra. Feliz, aunque maldito si yo merecía todo aquello. Pero eso no contaba. Para ellos, yo era culpable. Y debía pagar como tal. No sabía si antes que yo, otros hombres acusados de mi mismo delito llegaron a gozar de la gracia del perdón, para ser desterrados. Allí nunca se sabía nada. O quizá es que yo tampoco me había preocupado jamás de averiguarlo. A fin de cuentas, ¿qué significaba para mí, poco tiempo antes, el destino de un delincuente, si yo creía estar a años-luz de esa posibilidad?

Y de pronto, sin saber siquiera el porqué, me veía inmerso en esa misma tragedia de tantos otros con los que nunca creí tener un nexo en común. De súbito, me hallaba allí, en esta situación angustiosa, al borde de la pena capital durante un interminable período de tiempo que ya jamás podría olvidar, y menos aún durante mi piadoso destierro.

Un piadoso destierro que comenzaba justamente ahora, en estos momentos en que, portando mi liviana valija, descendía del confortable, ligero y bien iluminado aerotren en el apeadero cubierto de la estación de una ciudad que me era totalmente desconocida en principio, ya que la sentencia definitiva de los tribunales, la que me fue entregada en la prisión donde aguardaba el momento de ser ejecutado, era bastante oscura e inconcreta sobre esa materia.

La había leído tantas veces, en mi celda de condenado o en el largo viaje en aerotren, que podía memorizar a la perfección todas *y* cada una de las palabras de aquel comunicado judicial que había significado para mí el primer vestigio de luz y de esperanza en la sombría desesperación de las vísperas del viaje a la eternidad:

«Este Tribunal, en su reunión definitiva, le conmuta al condenado la pena impuesta, de ser ejecutado en la cámara de desintegración del Estado, para que, en su lugar, sea desterrado por período de tiempo indefinido, a la espera de la sentencia resolutoria final, a la ciudad que será designada secretamente por el legislador auxiliar correspondiente.»

Eso, y poco más. Una firma, una fecha y se acabó. Era todo. Era suficiente. Al menos, para mí. Así evitaba la muerte por desintegración en una helada, desnuda cámara cubicular de muros grises.

Había oído hablar de esa forma de muerte en la penitenciaría. Y en la calle. Y en muchos lugares. Se hablaba también de que el Estado estaba preparando algo, un proyecto que no suprimiera la pena capital, pero sí que la suavizara y humanizara lo más posible. Pero eso eran simples suposiciones, teorías, ideas para el futuro. Un futuro que aún no era un presente.

A mí ahora me preocupa ya muy poco eso. Por no decir nada. Al menos, en lo personal. Pensaba en otros que seguirían mi misma suerte, pero sin posibilidad de un indulto o de una conmutación de pena. Para ellos, sí. Valía la pena pensar en algo mejor que morir miserablemente, corroído, disuelto en un horrible humo hediondo, cuando los rayos disolventes alcanzaban el cuerpo humano, sujeto a una especie de mesa de vidrio sometida a la radiación mortal.

Me estremecí al pensar en todo eso. No por mí. No por los que pudieran morir más tarde. Era por otra persona. Por..., por él.

El. Shatt, mi mejor amigo.

Ya no existía. Había muerto mucho tiempo antes. Desintegrado en aquella espantosa cámara. Precisamente el mismo día que Lorna, la hermosa asesina... Así eran las cosas. Yo siempre estuve seguro de que Shatt era inocente. Sobre Lorna no había dudas. Había matado a más de diez hombres. Merecía la sentencia. Y tuvo que morir el mismo día que Shatt, mi bueno y viejo amigo...

Ahora, me había tocado el turno a mí. Pero fueron piadosos conmigo. Lo que no fueron con ellos. El proceso de Shatt no fue revisado. El de Lorna, no hacía falta. Ella había confesado cínicamente sus crímenes, y su belleza fría y maligna se había enfrentado a sus jueces, burlándose de ellos sarcásticamente, y admitiendo sus culpas. Incluso se permitió el lujo de emplazarles a su encuentro en el infierno.

Traté de olvidar todo eso ahora: a Shatt, a Lorna la asesina... A todos. Debía de pensar en mí. Sólo en mí... Y en la ciudad adonde me había enviado la ley.

La ciudad... Busqué su nombre en el andén del aerotren que acababa de depositarme en la ciudad. No lo encontré en principio.

Tuve que caminar hasta un extremo del andén, para encontrarme con el gran cartelón de vivo colorido, donde fui informado de lo que me intrigaba:

> ¡Bien venido a Ciudad Omega, forastero!
>
> Aquí encontrará cuanto desee, cuanto le guste. Una tentación a su alcance.
>
> Tome lo que quiera. Esta ciudad es la más hospitalaria del mundo. ¡Compruébelo!

—Ciudad Omega... —repetí, perplejo, sacudiendo la cabeza—. No lo entiendo... Nunca oí hablar de ella. Debe de estar lejos. Muy lejos de los centros urbanos importantes... Parece una pequeña capital de provincia, pero muy bella..., muy moderna. En fin, vamos allá.

Y eché a andar hacia la salida de la estación, una banda móvil hacia el centro urbano. Todo mecanizado, como era habitual en todas las estaciones de aerotrenes del mundo. No hacían falta empleados. Se bastaban y sobraban las computadoras, para controlar todo el tráfico de vehículos aéreos o terrestres, así como el de los propios peatones. Señalizaciones, ojos electrónicos y controles por radar o por medio de células fotoeléctricas ultrasensibles, le iban marcando a uno los pasos, las sendas urbanas, los accesos a diferentes niveles ciudadanos, e incluso la información necesaria para que uno supiera dónde buscar un taxi, un aerobús o un tren elevado, lo mismo que determinada calle, plaza, espectáculo, restaurante, hotel o residencia.

La cinta deslizante me depositó frente a una parada de taxis. Había solamente uno en esos momentos. Era un taxi automático, de los que funcionaban con monedas y eran conducidos también por medio de un chófer automático, de complejo mecanismo electrónico.

Nada era sorprendente por el momento. Igual que en cualquier otra ciudad. Vi circular a un par de peatones por una amplia avenida que partía desde la estación, y algún aerotaxi sobrevolando los altos edificios del centro comercial.

Me encaminé al taxi y subí a él. Un indicador luminoso, un pequeño tablero con el plano de la urbe, indicaba dentro al viajero el sitio adonde podía dirigirse. Pulsé el botón situado en uno de los cuadriculados, justamente sobre el nombre de un céntrico hotel.

Se iluminó ese botón, señalando el destino que daba al taxi. Me dispuse a introducir una moneda en el contador automático situado junto al volante que era manejado por el sistema electrónico de a bordo. Y entonces me llevé la primera sorpresa de Ciudad Omega. El vehículo se puso en marcha inmediatamente, sin necesidad de recibir la moneda. Un letrero luminoso parpadeó sobre el volante. Leí su letras de un verde fluorescente:

«¡Bien venido! No necesita dinero. Ciudad Omega le invita a viajar en taxímetro.»

Parpadeé, asombrado. Era insólito. Pero quizá resultaba una ingeniosa idea del Municipio local, para impresionar gratamente a los forasteros. Si era así, habían acertado de lleno. Mi impresión no podía ser más agradable. ,

El vehículo, que funcionaba a turbinas, haciendo deslizar el mismo a una altura de unas pocas pulgadas sobre el pavimento urbano, se movía sin problemas por la ciudad, deteniéndose automáticamente en los semáforos rojos, aunque no circulase nadie, y permitiendo las prioridades de paso de otros vehículos, sin el menor problema.

Me retrepé en el cómodo asiento, confortable, mirando al exterior, a la ciudad pequeña pero agradable, moderna y limpia. Estaba atardeciendo, y ya brillaban algunos luminosos comerciales en fachadas y azoteas, al tiempo que se encendían paulatinamente las farolas urbanas, así como los escaparates de los establecimientos.

—Dios mío... —me pregunté con un suspiro, entornando mis ojos fatigados—. ¿Qué me espera ahora? ¿Qué será de mi existencia en esta ciudad que me resulta totalmente desconocida, sin amigos, sin personas que me sean familiares,,, y sin trabajo, por el momento, aunque imagino que alguno podré encontrar para sobrellevar dignamente mi destierro?

No tenía ninguna respuesta. Ni sabía cuándo llegaría a tenerla. De momento, me conformaba con encontrar un sitio donde descansar, donde pensar lo menos posible, donde tratar de olvidar todo lo que había sido la última etapa de mi vida.

Y estaba esperanzado en que, cuando menos, en aquella población apacible, nada ruidosa al parecer, en aquel hotel elegido por mí mismo al azar, tendría al menos esa posibilidad en las próximas horas.

Lo que mi nueva vida pudiera reservarme en el inmediato futuro, era algo que no me preocupaba por el momento. Habría tiempo posteriormente de afrontar aquella circunstancia, pero ahora me conformaba con muy poco. Estaba vivo, cuando esperaba haber muerto, y esto era ya de por sí suficiente. Ello llenaba por completo todas mis ambiciones, y creo que resultaba una idea de lo más lógica. ¿Cuánto daría el condenado a muerte, en todos los casos, por verse liberado de la ejecución? ¿Cuánto, por abandonar incluso los muros de una celda donde, como mayor esperanza, desearía pasar el resto de sus días, para ser desterrado a algún lejano lugar, a cualquier sitio que no sea el suyo habitual donde quizá se sienta extraño, incluso triste..., pero, al menos, lleno de vida?

Ese era ahora mi caso, en Ciudad Omega. Ni siquiera sabía dónde estaba situada tal ciudad, tomando un mapa de mi país o del mundo. Ignoraba, incluso, si pertenecía a mi propia patria o a un remoto país, puesto que el viaje en aerotren, durante un día y una noche, podían igual haberme conducido al otro extremo de América, como a Europa, Australia..., o el corazón de Asia.

Lo cierto es que la ciudad parecía perfectamente occidental, que todos sus textos y nomenclaturas se hallaban escritos en inglés, mi lengua nativa, y que nada allí parecía extraño, exótico o diferente a lo que yo conocía en Estados Unidos, donde había nacido y vivido desde mi nacimiento, allá en el año 2218. Ahora, en el 2248, justamente a mis treinta años, en la flor de mi vida, había conocido el horror y la amargura infinitos de verme con la espada de Damocles de la Muerte, suspendida sobre mi cabeza durante jornadas enteras, durante semanas... y, sobre todo, durante las últimas, terribles y siniestras noches previas, hasta que me llegó la notificación suprema de los tribunales de Sentencias Definitivas.

De modo que, bien mirado, ¿qué diablos me importaba a mí el emplazamiento exacto de la ciudad, si ésta me acogía hospitalariamente, y en ella iba a encontrar un modo de seguir viviendo, de continuar respirando en el mundo, que era lo único que, sólo unos pocos días atrás, hubiera pedido al mismísimo Satán, ofreciéndole mi alma a cambio?

Desde una celda de ejecuciones, en Nueva York, hasta una

ignorada y pequeña —pero acogedora y moderna— ciudad, quizá en la costa del Pacífico o en algún ignorado punto del Oeste del país, cercano acaso a la divisoria canadiense, había sido un largo y esperanzado viaje. Incluso no me hubiera sorprendido que, durante la noche, el aerotren de un solo viajero, de servicios automáticos de alimentación y bebidas, hubiese dado vueltas y vueltas, para desorientarme. Yo era su único ocupante, porque era un convoy federal especial, dedicado al traslado de desterrados por la ley. Eso se me había dicho en la estación de aerotrenes de Nueva York, y los funcionarios no tenían por qué engañarme en ese punto.

De modo que, al diablo con las dudas, las interrogantes, la insaciable curiosidad humana que, inevitablemente, me asaltaba mientras el taxi autónomo cruzaba las calles poco frecuentadas de la urbe. A cambio de la escasez de transeúntes, observé sin embargo, que la luz, la música de ciertos locales, los guiños de los luminosos, e incluso los anuncios llamativos y eróticos de los *burlesques,* clubs nocturnos y cinematógrafos, eran tan abundantes como incitadores.

—Visitaré alguno de esos lugares, pero no esta noche —suspiré, reclinada mi cabeza en el asiento—. Hoy sólo quiero dormir. Descansar. Olvidar un poco… A ser posible, ni siquiera soñar…

Súbitamente, el taxi redujo su velocidad y se detuvo finalmente en una plataforma de aparcamiento. Miré al exterior, a las luces radiantes de una fachada:

HOTEL AMBASSADOR

Era allí. Había llegado a mi punto de destino. Abandoné el taxi y crucé el paso de peatones hacia el acceso al hotel, con mi maletín en la mano.

Cuando alcancé la entrada, un portero lujosamente ataviado me hizo una inclinación, tomando mi maletín y acompañándome a recepción, donde un conserje y una muchacha sentada ante una máquina de escribir magnética, me sonrieron con la fría cortesía con que se sonríe al cliente en todos los hoteles del mundo.

—Buenas noches, señor —saludó el conserje, inclinándose cortés.

—Buenas noches —saludé—. Habitación para uno solo, por favor.

—Desde luego, señor —me tendió el volante para el libro de registro de huéspedes—. Rellene esto, por favor. Si prefiere hacerlo con el pulsador magnético...

—No, gracias —rechacé con una sonrisa—. Soy un poco chapado a la antigua. Me gusta la escritura manual todavía.

Debió pensar que yo era un retrógrado, un anticuado sin remedio, cuando me vio utilizar mi pluma para escribir. Era algo que ya casi no se estilaba. Los pulsadores magnéticos eran mucho más cómodos. Pero carecían de personalidad. Todo el mundo escribía de igual forma. El sistema de identificación de firmas, iba en la huella dactilar que acusaba la sensibilidad del pulsador, imprimiéndola al principio y al final del texto.

Rellené la cartulina magnética, que introdujo en una ranura de un lector electrónico. Mi letra apareció, fluorescente, en una pantalla, agrandándola considerablemente. Y, a la vez, grabándola de forma indeleble en el registro del hotel.

—Gary Knorr —leyó el conserje sin emoción en su voz—. Americano. Origen: Nueva York. Motivo del viaje: destierro legal. Treinta años. Número de documento personal, NY-104-88, Serie AD-32-F.

—Exacto —asentí, aunque no parecía necesitar mi confirmación, porque pulsó una tecla roja, surgió otra cartulina, y me la tendió, junto con una llave electromagnética de contacto.

—Habitación diecinueve, señor Knorr —me dijo—. Primer piso. Bien venido a la ciudad. Y a nuestro hotel. Espero disfrute de su estancia aquí.

Me encogí de hombros, mirando la placa grabada con el número de habitación y su precio diario. Me sorprendí. En un hotel tan lujoso, el importe diario del alojamiento, ¡era de *sólo* un dólar!

Le miré, perplejo. El sonrió. Evidentemente, esperaba mi reacción. Me explicó, conciso:

—Es la tarifa especial para desterrados legales, señor Knorr. El Estado nos paga el resto hasta cubrir nuestros precios normales. La vida aquí es muy barata, para personas como usted, señor.

—Ya —fruncí el ceño—. Supongo que eso significa que, por el solo hecho de ser un desterrado legal, mi trabajo también será remunerado por un sueldo mucho más bajo…, si es que lo encuentro.

—¿Trabajo? —el conserje se encogió de hombros—. Sólo le autorizarán a trabajar a partir de su segundo mes de estancia aquí. Es la ley.

—¿Y mientras tanto? Tengo algún dinero, pero no bastará para…

—Bastará —me aseguró, con desconcertante firmeza—. Si no le llega, podrá presentarse en el Banco de Crédito Legal, y ellos le extenderán una orden de pago a cuenta de sus futuros salarios, a descontar a muy largo plazo. Todo está previsto, señor, para hacerle la vida asequible y justa a los que envía desterrados el Tribunal de Revisiones. No debe temer nada. ¿Desea que le suban la cena a su habitación?

—Sí, por favor —bostecé—. Estoy muy cansado. No saldré esta noche. Quiero dormir.

—Perfectamente, señor. Pulse la tecla número seis de su ordenador privado. Le proporcionará la carta del día, así como instrucciones para solicitar el menú escogido. Le deseo buen apetito y mejores sueños, señor Knorr.

Mientras subía al primer piso e introducía en una ranura de la puerta mi llave magnética, que produjo un leve zumbido y abrió la puerta, deslizándola silenciosamente en el muro, iba pensando en todo ello, y me admiraba de que en Ciudad Omega, en vez de acoger con hostilidad o desconfianza a los ex convictos condenados a destierro, pusieran toda clase de facilidades a su disposición.

Por otro lado, estuve seguro de que, no obstante, quien se desviase del camino recto, quien pretendiera cometer algún acto ilícito o violento allí, sería duramente reprimido, por algún medio que me era desconocido por el momento.

Pero mis ideas distaban mucho de ser violentas o ilícitas ahora. Ni lo serían jamás. Después de todo, yo no era un criminal. Ni siquiera un delincuente. Había sido acusado injustamente, con pruebas amañadas, no sabía aún por qué… No iba a portarme mal en Ciudad Omega, a pesar de que me sentía indignamente condenado. Esto era mejor que morir sin merecerlo, y yo deseaba, por encima de todas las cosas, aterrarme a la vida con todas mis fuerzas.

Elegí un excelente menú, compuesto de sopa, pescado al horno y carne asada, postre helado, café, y por supuesto, un buen vino para regar la cena. El precio del tiquet de comida, era también, increíblemente..., ¡de un dólar!

Pensé que la vida en la ciudad desconocida iba a resultarme muy barata. Procuraría no malgastar, para no tener que recurrir al Banco de Crédito Legal. Nunca había sido un hombre despilfarrador.

Y pensando en todo eso, me sorprendió el sueño. Ni siquiera tuve tiempo de desvestirme. Sencillamente, caí en el cómodo lecho con el tiempo justo para cerrar mis ojos y dormirme.

Ni siquiera soñé, tal y como deseaba.

No sé lo que hubiera llegado a dormir, si no es porque bruscamente, alguien me despertó. Alguien de una belleza poco común. Una mujer hermosísima y turbadora.

Así conocí a Sharon.

Luego, ella me dijo algo desconcertante, apenas abrí mis ojos:

—Ayúdeme, se lo ruego. Me persiguen... ¡Estoy *asustada!*

Eso, no parecía un buen despertar, digno de Ciudad Omega.

CAPÍTULO II

Me froté los ojos, preguntándome si soñaba todavía. Aunque no recordaba haber tenido sueño alguno. Y menos, con una mujer semejante.

Su larga melena platinada, su piel sedosa y pálida, sus ojos de un verde luminoso, la figura esbelta, muy alta, ceñida por el vestido de tejido metálico brillante, de brevísima falda, de botas hasta media pantorrilla, de muslos mórbidos… Era una auténtica maravilla.

Y me estaba pidiendo ayuda. Estaba realmente asustada por algo.

—¡Ayúdeme! —insistió—. Necesito ayuda. Me están persiguiendo…

Lo lógico era preguntarle quién la perseguía y poiqué. Pero no se me ocurrió otra cosa que preguntar tontamente:

—¿Cómo diablos logró llegar hasta aquí, señorita…?

—Sharon —dijo ella, presurosa—. Y no me llame «señorita». No viene al caso. ¡Oh, por Dios, se lo contaré más tarde! Ahora no hay tiempo. Es ayuda lo que necesito, evitar que ellos me den caza…

—*¿Ellos?* —repetí, ya algo más despejado, contemplando su figura y su rostro con auténtica admiración—. Sharon, ésta es una ciudad en la que estoy desterrado y poco puedo hacer, teniendo una ficha policial, tras de mí… ¿Es que no hay aquí autoridades a las que pedir ayuda?

Su respuesta me dejó frío:

—Es que… son las autoridades quienes me persiguen, ¿no lo entiende?

Claro que no lo entendía. Pero era una chica muy bonita, y estaba en apuros. Yo no sabía qué hacer. Me sentía tan extraño en Ciudad Omega como un ave tropical entre los hielos. Acababa de llegar, y ya me venían encima complicaciones.

Lo más sencillo era negarme en redondo a auxiliarla, y dejar que las autoridades la echaran el guante. Pero por otro lado, yo sabía lo que era sentirse perseguido. Y ella era tan atractiva…

—Está bien —dije—. No sé lo que ocurrirá, pero voy a intentar ayudarle.

—Oh, gracias, gracias… —murmuró, mirándome con repentina esperanza—. ¿Qué es lo que hará por mí?

—No lo sé. ¿Dónde están los que la persiguen?

—Aquí, en este hotel. Muy cerca.

La miré, aturdido. Las cosas estaban peor de lo que imaginaba. Y ella me contemplaba ingenuamente, como si yo fuese un taumaturgo capaz de sacar de alguna parte una alfombra voladora para evadirnos lejos, muy lejos de todo peligro.

—Es una locura —refunfuñé—. Pero voy a intentarlo.

—Intentar, ¿qué?

—Sacarla del lío, sin meterme yo en él hasta la cabeza —dije agriamente.

Su esperanza subió de punto, a medida que mi optimismo iba descendiendo vertiginosamente. Recordé la hospitalidad exagerada de Ciudad Omega. Y lo que ello me hizo pensar: posibles medidas muy duras de represión, para quien abusara de esa hospitalidad. Sobre todo, tratándose de un convicto como yo, indultado de la pena capital a cambio de aquel amable destierro. Ahora, esta muchacha llamada Sharon podía echarlo todo a perder lastimosamente. Pero va era tarde para volverse atrás.

Me incorporé de mi lecho. En un cuadro luminoso, en el muro, parpadeaba una luz roja ahora. Ella me informo con acento de temor:

Se acercan. Es el sistema detector del hotel. Viene gente por el corredor Seguro que siguen mi rastro. Vienen hacia aquí.

—Veremos si hay tiempo —suspiré, tirando de la sábana con premura.

Descubrí el colchón. Ya había advertido que era de materia plástica suave, hinchado de aire en tres compartimientos alargados, separados entre sí. Saqué una diminuta cuchilla de mi máquina de afeitar electrónica. La clavé en la envoltura plástica. Con un silbido agudo, se deshinchó uno de los tres cuerpos o compartimientos del colchón de aire, muelle y confortable. Rasgué a lo largo la cubierta de materia plastificada. Un hueco rectangular, de unos dos metros de largo por más de medio de ancho, quedaba vacío y al descubierto.

—¡Pronto, adentro! —ofrecí a la muchacha—. Tiéndase ahí cuan larga es. Y respire como mejor pueda, si no quiere ahogarse. Espero que sea por poco tiempo y tenga aire suficiente…

Ella entendió, asintiendo. Se metió en el rectángulo deshinchado. Yo eché encima la parte rajada de la cubierta, y después la sábana. Sin vacilar, me acosté sobre el colchón, procurando cubrir con mi cuerpo parte de aquel compartimiento. Me tapé, y fingí dormir.

Acabé justo a tiempo. En el gráfico luminoso mural, la luz roja se detuvo ante mi propia puerta. Nadie se molestó en llamar. Debieron utilizar un duplicado de la llave magnética…, y la puerta se abrió, apareciendo ante mí una patrulla formada por tres hombres. Dos de ellos vestían uniforme gris oscuro, con un distintivo que me era perfectamente desconocido, como todo en aquella ciudad. A su frente, iba un hombre con ropas de civil. Parecía ser el de más autoridad entre los tres.

—Hola —saludó fríamente—. Perdone la intrusión, señor.

Fingí despertar pesadamente de mi sueño. Me incorporé, notando bajo mi peso la presencia de la muchacha en el interior del colchón, quieta como si fuese un muñeco inanimado. Frotándome los ojos, les miré con sorpresa y con gesto de desorientación.

—¿Qué diablos…? —mascullé—. Por un momento pensé… que venían a hacer cumplir la sentencia… Que yo estaba en…, en otro sitio… ¿Qué les ocurre? ¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

—Demasiadas preguntas —cortó el hombre de traje civil, encogiéndose de hombros y mirándome con frialdad. Me mostró algo, un documento de identificación, una credencial que no entendí—. Soy el mayor Saxon. Departamento de Seguridad Urbana. Buscamos a una mujer.

—¿Una mujer? —solté una carcajada—. Yo también.

—No bromeo. Usted es… Gary Knorr —dijo, tras consultar una lista que llevaba consigo—. Acaba de llegar a Ciudad Omega. Espero no complique su situación con infracciones a las leyes locales.

—¿Dormir demasiado es quebrantar alguna ley? —pregunté ingenuamente.

—Deje de decir tonterías. Su sentido del humor me deja frío. Esa

mujer ha sido vista en este hotel no hace mucho. Estamos registrando el edificio. Su habitación no puede ser una excepción. Vamos, levántese. Revisaremos todo esto en un momento. Si no ha visto a esa chica y no la ayudó a esconderse, no tiene nada que temer.

—Yo no temo nada —mentí fríamente, empezando a incorporarme con el temor de que pudieran sospechar la estratagema —. Además, no me gusta que me traten como si fuese un delincuente, mayor.

—¿No lo es? —dijo él, con claro tono irónico.

—Lo fui una vez, al menos oficialmente. Ahora estoy desterrado. Imagino que eso no significa que deba continuar sintiéndome un criminal prisionero.

—Nadie ha dicho eso. Ciudad Omega es una población donde puede moverse con entera libertad. Pero respetando las leyes locales. En otro caso, su situación empeoraría notablemente. Aquí también tenemos policía. Nosotros somos esa policía, señor Knorr.

—Sí, entiendo —me puse en pie, mirándoles con indiferencia, aunque con el rabillo del ojo estaba pendiente de que la sábana se hallara lo bastante tersa sobre el colchón, y de que Sharon, en su escondrijo, no diera la más leve señal de vida. De eso dependía todo.

El mayor Saxon hizo un gesto a sus hombres. Sentí un escalofrío al ver que uno de ellos se dirigía al lecho. El otro eligió muebles y ventanas.

El mayor no me perdía de vista, esperando acaso que un gesto, por leve que fuese, delatara mis pensamientos, mis temores, caso de estar complicado en el asunto. Procuré mantenerme indiferente, con cara de jugador de póquer.

El policía de uniforme gris, se inclinó sobre la cama, se dispuso a mover sus sábanas, sus ropas...

—¿Qué hizo esa chica? —pregunté con tono indiferente, dominando mis emociones—. ¿Mató a alguien?

—No. En Ciudad Omega no existe el crimen —negó vivamente el mayor Saxon clavando en mí unos helados ojos azules que parecían taladrarle a uno—. Pero existen unas leyes que deben cumplirse. Ella las ha desobedecido. Eso es un delito.

—Usted habla mucho de leyes, mayor —suspiré—. Pero no conozco cuáles son.

—Lo sabrá hoy mismo, cuando le den su tarjeta de residente —replicó él, mirando al que acababa de alzar totalmente las ropas de mi cama..., pero sólo las que iban encima, las que cubren el cuerpo. La cama mostró su tersura sobre la sábana y colchón.

Por un momento, temí que siguiera adelante, alzando la otra sábana. Pero no se le ocurrió. Ni a él, ni a su jefe. En vez de ello, se inclinó y examinó el suelo, bajo la cama. Se incorporó, encaminándose a ayudar a su compañero en la revisión del cuarto de aseo, los muebles, y el exterior, a través de las ventanas.

Finalmente, se volvieron al mayor. Negaron con la cabeza. Su jefe pareció contrariado. Me miró con disgusto.

—Bien... —dijo—. Puede acostarse de nuevo, si gusta. Parece que usted no ha tenido nada que ver en el asunto. Me alegra por usted mismo, Knorr.

—Es muy amable —suspiré, dejándome caer en la cama y tapándome con rapidez, aunque sin mostrar nerviosismo—. Pero no creo que pueda dormir ya mucho tiempo. He recuperado mis horas de sueño atrasadas, y todo el cansancio físico y psíquico acumulado en mi persona en estos últimos tiempos...

—Lo comprendo —asintió, saliendo con sus hombres al corredor—. No olvide solicitar su tarjeta de residente en cualquier centro de control de la ciudad. Es imprescindible para vivir aquí.

—Así lo haré —prometí cuando él cerraba la puerta.

Miré la luz en el indicador, alejándose por el corredor, o deteniéndose en otros puntos de aquella planta. Rápido, salté del lecho y tiré de la sábana.

—Ya puede salir —dije—. Y Dios quiera que no lo descubran. Parece que las leyes aquí son muy estrictas, Sharon.

—Lo son —respiró ella hondo, recuperando su aliento al abandonar el incómodo escondrijo. Me miró, profundamente a los ojos, el murmurar—. Gracias. Muchas gracias...

—Olvídelo. Preferiría saber lo que hizo, para verse así perseguida...

—Lo intenté, sencillamente.

—Intentó... *¿qué?* —la miré, sorprendido.

—¿Es que no lo entiende? —hizo un gesto de exasperación—. Oh, claro, ¿cómo va a entenderlo? Acaba de llegar, ve sólo lo bueno de Ciudad Omega... Cree que todo se reduce a vivir lujosamente por un dólar, pasarse unos meses sin trabajar, recibir dinero fácilmente, del Banco de Crédito Legal... Esto es como una utopía. ¿No le extraña tanta comodidad, tanta felicidad, viniendo de una penitenciaría del Estado?

—¿Cómo sabe...? —comencé, atónito, mirándola fijamente.

—¿Es que tampoco está usted enterado de eso? —volvió a extrañarse ella—. Por Dios, si lo ignora usted todo, amigo mío.. ¿Cuánto tiempo lleva aquí exactamente?

—Llegué anoche —dije, preocupado—. Sólo he tenido tiempo de llegar al hotel, cenar y descansar... Entonces, al despertar... apareció usted. Es todo.

—Comprendo —me miró, no sé si con tristeza o con amargura, pero algo de todo ello leí en sus ojos color esmeralda—. En realidad, no sabe *nada* sobre Ciudad Omega.

—Eso es: nada. Pero no creí que hubiera muchas cosas por saber.

—Las hay. Ya las irá aprendiendo. Entonces intentará, como yo...

—Intentaré... ¿qué? —insistí, alarmado.

—Escapar. Evadirse. Huir de Ciudad Omega.

—Huir... —murmuré, mirándola pensativo—. Huir... ¿adónde? Este es un lugar de destierro, ¿no? Legalmente, no podemos abandonar la ciudad...

—¿Prefiere quedarse? ¿Vivir aquí toda una existencia, recorriendo las mismas calles, haciendo el mismo trabajo, viendo las mismas caras, sabiendo que ya jamás volverá al mundo exterior, al lugar que le corresponde en la sociedad, en la auténtica vida humana?

—Escuche, Sharon: renuncié hace ya tiempo a todas esas cosas.

Una prisión es mil veces peor. Después de todo, la vida en esta ciudad, no se diferencia mucho de la vida cotidiana en cualquier parte del mundo. Nuestra existencia es pura rutina, compréndalo. Sólo que no nos damos cuenta..., o no queremos darnos cuenta.

—Es diferente, amigo mío. Allí es realmente libre. Aquí, no. Es una prisión amplia, sin muros ni rejas. Es un recinto hecho de calles en vez de galerías. Habitaciones y viviendas en vez de celdas. Un mundo hecho para nosotros, los reclusos, los que hemos sido condenados. Se nos ha cambiado de jaula, eso es todo.

—No puedo estar de acuerdo con usted, Sharon. La situación no es tan horrible. Aquí, se nos permite convivir con otras personas, formar parte de una sociedad, rehacer nuestra existencia en la medida de lo posible, conviviendo con gentes que no son reclusos ni delincuentes, y...

Me detuve. Ella había soltado una carcajada. Me miraba tristemente, eso sí. Como si yo estuviese loco o fuera un retrasado mental.

—Mi pobre amigo y salvador... —murmuró con tono lastimero —. Ni siquiera sabe eso...

—No sé..., ¿el qué? —me sentí irritado al preguntárselo.

—La verdad sobre Ciudad Omega.

—¿Qué verdad?

—No es una ciudad cualquiera, ¿es que no lo entiende? Todo es como una gran mentira. Un experimento sociológico y penitenciario de nuestro brillante Gobierno, de los sociólogos y de los expertos...

—¿Qué..., qué quiere decir? —casi me asusté.

—Esto es una prisión, amigo mío. Una auténtica prisión sin reías, muros ni celdas. Pero prisión, al fin y al cabo. En suma: aquí, TODOS somos delincuentes. Y quien no lo es, como el mayor Saxon y sus hombres..., es que son policías, celadores, guardianes o como quiera llamarlos... Y salir de esta prisión, es CASI imposible...

CAPÍTULO III

Casi imposible.

Al menos, eso había dicho Sharon. Faltaba ese «casi», que la forzó a ella a buscar la liberación. Pero era un «casi» tan sutil, que hacía virtualmente impracticable todo plan de escapatoria de Ciudad Omega.

La habían descubierto. Impidieron su fuga. Ahora la buscaban para castigarla. Las leyes eran duras en la ciudad. Muy duras. Tenía miedo de sufrirlas. Pero era inevitable. Y cuanto más tiempo transcurriera oculta, tanto peor para ella. Sin embargo, resistíase a ser entregada a la policía o a entregarse ella misma, para suavizar la sanción.

La dejé oculta en mi alojamiento del hotel, cuando salí en busca de un crédito en efectivo, a cuenta de mi futuro trabajo, y de paso a retirar mi tarjeta de residente, mencionada por el mayor Saxon.

Ni una cosa ni otra ofreció dificultad alguna. Me entregaron con una sencillez pasmosa un crédito de mil dólares, que en aquella ciudad era toda una fortuna. Firmé un documento, y eso fue todo. Después, en un centro policial de servicio, solicité mi tarjeta, y se me solicitó a cambio mi documento de identificación. Lo entregué, y me fue proporcionado, por una computadora, una hoja plástica, con mi

nombre, mis datos, una fotografía electrónica y una serie de datos, con el distintivo D-102, muy visible en caracteres rojos, cruzando diagonalmente dicha tarjeta.

Todo era rápido, fácil. Demasiado fácil, como dijera Sharon. Empezaba a sentirme preocupado. Para un condenado a muerte, la reclusión de por vida era una bendición del cielo. El destierro en una lejana ciudad, algo así como un sueño. Y he aquí que, de repente, mis esperanzas y mis alegrías se tambaleaban. Saber que las personas que se cruzaban conmigo por la calle, los empleados de tiendas, bares y restaurantes, hoteles y toda clase de negocios, eran delincuentes, personas enviadas allí desde diferentes prisiones del país, lo cambiaba todo.

Sharon tenía razón. Era como seguir preso. Una sensación opresiva, puramente psíquica, si se quiere. Pero existía. Ciudad Omega ya no era la Utopía imaginada. Y ni siquiera existía una razón tangible para pensarlo así. Sin embargo, era inevitable pensarlo.

Me detuve en un bar. Vi juegos electrónicos, diversiones, bebidas de todo tipo, y un grupo de jóvenes disfrutando de todo ello por muy poco dinero. Los precios seguían siendo irrisorios en aquel aparente paraíso de los convictos.

Entré. Pedí una cerveza. Me la sirvieron, con una indicación amable:

—Si es nuevo en la ciudad, le proporcionaré el boleto de consumidor.

—¿Boleto de consumidor? —repetí, sorprendido—. ¿Qué es eso?

—Una tarjeta donde figura el número de consumiciones hechas al día de bebidas alcohólicas. Las leyes locales fijan un tope de cuatro cervezas, dos whiskys o dos bebidas alcohólicas de cualquier tipo, incluido el vino, como consumo diario de cualquier ciudadano. Rebasar ese tope o usar duplicidad de boletos de consumidor, está gravemente castigado. ¿Su tarjeta de residente, por favor?

Se la mostré, perplejo por aquel rígido control sobre los ciudadanos. Evidentemente, eran métodos carcelarios o de campo de concentración. Un límite para todo. Evitar embriaguez, evitar excesos... Un modo de impedir violencias o motines, tal vez.

Abonué los diez centavos que costaba la cerveza, y recibí mi flamante tarjeta de consumidor, exclusivamente dedicada a bebidas

alcohólicas. Lo demás, no tenía tope. Ni siquiera la comida. Pero algo me intrigó, y lo pregunté con tono jocoso:

—Oiga, amigo, ¿y qué hay con las chicas? ¿También necesito tarjeta de consumidor para que me controlen las veces que hago el amor?

El cantinero iba a responderme, algo sorprendido, mientras dos jovenzuelos que jugaban en una complicada máquina electrónica se volvían hacia mí, echándose a reír, cuando una fría voz sonó cerca de mí:

—¿Sigue creyéndose gracioso, señor Knorr?

Me volví vivamente. No era ninguna sorpresa ver a aquel hombre de tez cetrina, ojos azules y pelo rapado, de ropas civiles, erguido tras de mí. Esta vez no llevaba consigo a sus hombres de uniforme.

—Vaya, otra vez usted, mayor Saxon... —comenté, sarcástico—. ¿Vigilándome, quizá?

—No es usted tan importante, Knorr —replicó él con frialdad. Miró en torno, sobre todo a los jóvenes que habían reído, y que ahora volvían a su juego, cohibidos—. Mi misión consiste en vigilar esta ciudad. Ya sabe: Seguridad Urbana. Nos gusta la seguridad en Ciudad Omega.

—Ya —señalé a la cerveza—. Si quiere tomar una, le invito... a condición de que no me la apunten a mí en mi tarjeta de consumidor.

—No lo harán. Es más, tomaremos dos cervezas: usted y yo, Knorr. Y el cantinero no le apuntará ninguna en su tarjeta —hizo un gesto al *barman*—. Sírvenos, Rocco. Dos cervezas bien frías. Libres de control. El recién llegado invita.

—Sí, señor —se apresuró a afirmar el *barman* con acento servil. Evidentemente, Saxon era alguien allí dentro.

—Es muy amable conmigo —observé, pensativo—. Gracias por la cerveza. Sólo la idea de que no puedo tomar más de cuatro al día, me hace sentir una sed terrible.

—Tendrá que calmarla con agua o con zumos de fruía —rió Saxon con ironía—. Aquí somos muy taxativos con la ley, ya lo habrá observado. Esta es una excepción: sólo porque usted es un recién

llegado. No habrá más favores.

—Sí, lo entiendo —asentí—. De todos modos, gracias.

—No me las dé. Yo no hago nunca distinciones. No favorezco a nadie en especial. Ni tampoco perjudico. Sencillamente, controlo. A todos por igual. Es el mejor modo de hacerlo bien. Creo que ya se habrá dado cuenta de algo, si no es usted tonto: aquí, todo el censo ciudadano, excepto los policías y controladores, está formado por reclusos.

—Sí, he empezado a advertirlo —mentí, puesto que quizá de no ser por Sharon aún andaría yo en las nubes—. Una cárcel sin rejas. El sueño de todos los sociólogos. Y de los presos, claro.

—¿Le gusta esta forma de cautiverio? —me preguntó de repente.

—No lo sé. Aún no he podido hacerme una idea exacta. Pero me siento más libre que en una celda. Además..., yo estaba condenado a algo peor que una cadena perpetua.

—Ya sé —dejó de mirarme y tomó un sorbo de cerveza—. Pena capital.

—Eso es. Supongo que poco importará que le diga a usted ahora que nunca hice lo que me atribuyeron. Era inocente. Soy inocente. Pero eso importa poco. Nunca podré probarlo.

—Todos los delincuentes dicen lo mismo. Todos son inocentes.

—Ya lo sé, mayor. Por eso no insisto demasiado en ello. No vale la pena.

—Aunque sea inocente, nadie va a sacarle ya de aquí. Hágase a esa idea.

—Cuando uno empieza a hacerse a esa idea, empieza a sentir la tentación de huir.

—No lo intente —volvió a mirarme con fría fijeza—. Esa mujer, Sharon, la que buscábamos, lo intentó. Es una locura. Fracasó. Y ahora estamos tras ella.

—¿La encontraron?

—Aún no. Pero la encontraremos. No puede vivir escondida

indefinidamente. Ciudad Omega es un coto cerrado. No hay escape.

—Empiezo a creer que es así, Y cuando la capturen, ¿qué le ocurrirá?

—Ya le dije que la ley es severa aquí. Muy severa. Los motivos son obvios.

—Me ha dicho eso, pero no en qué consiste el rigor de esa ley, mayor.

—¿Le preocupa a usted, acaso? No le persigue nadie. No ha quebrantado ninguna ley…, que yo sepa.

—Me preocupa esa chica a quien ni siquiera conozco. Por simple humanidad.

—Deje de preocuparse por los demás. Es un buen consejo. De todos modos, le diré algo: esa chica cometió un grave error.

—Imagino que en Ciudad Omega no existen cárceles. Sería un contrasentido.

—Cierto. No existen.

—Entonces, no veo qué otro medio existe de castigar a un infractor. A menos… que lo ejecuten.

—No será ése su castigo. Pero a veces los hay peores que la misma muerte. En esta ciudad, una mujer puede unirse a un hombre, casarse con él. Y tener hijos. El Estado se cuida de su educación, y resuelve luego sobre su futuro. Todo perfectamente normal, como en una sociedad de personas honradas.

—¿Y bien…?

—Sharon era una de esas mujeres. Podía elegir un hombre, unirse a él, tener hijos.. Ya no. Ha perdido ese privilegio. Será esterilizada. Y luego, enviada al Sector F.

—¿Sector F? ¿Qué es?

—Una zona reservada a las mujeres públicas. No pueden salir de allí. Están sometidas a riguroso control policial y sanitario. La tarifa de acceso al Sector F. es de cinco dólares, con todos los derechos. Usted ya me entiende.

—Claro. Prostitución legal, protegida por el Gobierno. Explotación de la mujer. Proxenetismo y esterilidad conforme a métodos totalitarios. Increíble, mayor. Ciudad Omega no es una utopía. Es una basura creada por las autoridades.

—Tenga cuidado con lo que dice, Knorr. Hay libertad de palabra, pero no se puede ofender en público al Gobierno de la nación. Va contra las leyes locales. Simple medida de precaución, dada la condición de sus habitantes.

—De modo que ése es el castigo a la mujer que pretende huir… —murmuré, estremecido de horror ante aquella fría disciplina deshumanizada, de la que mi propio país no tenía la menor idea—. ¿Y cómo se castiga al hombre?

—Aquí, todo está previsto, Knorr. Si quiere saber lo que podría ocurrirle a usted, en el caso de que cometiera la locura de querer buscar la evasión de Ciudad Omega, se lo diré para que no tenga nunca semejante tentación.

—Bien. Estoy esperando, mayor. No creo que me eche a temblar por ello.

—Es posible que no. Ni lo pretendo. Pero sí es muy posible que ello le haga meditar y le quite tentaciones de la mente… —apuró su cerveza, y tras un momento de pausa, añadió con acento calmoso—: Todo intento de evasión de un ciudadano varón, se castiga igualmente con su esterilización *total.* En suma, deja de ser realmente un hombre, para convertirse *en un eunuco.* ¿Me explico, Knorr?

—Perfectamente —sentí un escalofrío, no sé si de temor o de repugnancia—. Es una brutalidad, una represión digna de la mayor tiranía conocida en el mundo, no de un sistema democrático que pretende defender la libertad de los derechos humanos.

—Mi querido amigo, no sabe usted las cosas que es capaz de hacer cualquier comunidad, cuando los demás no se enteran de lo que hace —rió cínicamente el mayor Saxon—. Tenga en cuenta que Ciudad Omega es una isla en un gran continente, un mundo aparte, ignorado de todos, incluso de los propios ciudadanos de nuestra nación. Una experiencia nueva y fascinante, que requiere ciertas duras medidas de control y vigilancia, para evitar males peores.

—La experiencia no puede resultar —protesté—. Un intento así resulta negativo si la represión conduce al hombre o la mujer a su más abyecta degradación humana y social.

—Yo no soy el que dispone las leyes, Knorr. Sólo las sirvo.

—¿Hay otra autoridad por encima de la suya en esta ciudad?

—Por supuesto —rió el mayor Saxon sardónicamente—. Cuando menos, hay dos infinitamente más importantes : Konrad, jefe de la policía en Ciudad Omega. Y Lou Novak, representante del Gobierno en este lugar. Ambos son, a su vez, del Cuerpo Legislativo local. Ilia Yosha, director del Control de Condenados, completa ese Cuerpo Legislativo. ¿Está ya satisfecha su curiosidad, Knorr?

—Creo que sí —sonreí—. He abusado de su amabilidad, mayor. Gracias por todo. Recordaré lo que prevén sus leyes, antes de pensar en un intento de evasión, esté seguro.

—Sí, yo también pienso lo mismo —se encaminó a la salida del bar, seguido por la mirada de los presentes. Mirada de temor, pensé yo. Mirada de gente cohibida y amedrentada. La feliz utopía de Ciudad Omega comenzaba a desmoronarse. Como dijera Saxon, lo más increíble, lo más tiránico y cruel, podía tener lugar en la trastienda de una democracia. En mi propio país, en el lugar donde yo pensé siempre que existía la mayor libertad para el hombre y el máximo respeto a sus derechos humanos y morales... ocurría esto. Algo mil veces peor que en cualquier mazmorra del pasado.

Salió Saxon, dejándome pensativo, ante los residuos de mi segunda cerveza. La apuré, volviéndome luego despacio hacia los jóvenes que, sin duda, procedentes de la delincuencia juvenil, habían ido a parar allí desde los más remotos confines del país.

—Muchachos, creí haber llegado a un mundo ideal, a la perfección de la justicia en nuestro mundo —dije amargamente—. Y me encuentro en un deslumbrante, hermoso *ghetto...,* pero *ghetto* al fin y al cabo. La libertad de que aquí disfrutamos, es una mentira. Una cínica y vergonzosa mentira.

Me miraron, asustados, sin saber qué decir. Tenían miedo a hablar, a afirmar incluso, pese a que algunos de ellos movieron la cabeza de arriba abajo, quizá instintivamente. Cuando salí del bar, las máquinas electrónicas no funcionaban. Los muchachos habían perdido las ganas de seguir divirtiéndose.

* * *

Sharon no estaba.

Me llevé una sorpresa al llegar al hotel y ver que mi habitación estaba vacía. Alarmado, pensé lo peor. Si el temible mayor Saxon había encontrado a la muchacha, todo se iba a derrumbar. Para ella, y para mí.

Pero una nota escrita, sobre mi mesilla, me tranquilizó. Era ambigua, como no podía ser para menos, dada la circunstancia. Sharon era muy astuta. Anotaba allí alguien —alguien que no había sido yo, ciertamente—: «Cosas a recordar para hoy: debo reparar el colchón averiado. Debo visitar ese restaurante tan atractivo, el Galaxy. Esta noche, a las nueve. Debo comprar cigarrillos en el puesto del hotel.»

Era como un simple recordatorio. Y escrito, además, con letra masculina. El mensaje era obvio. Sharon había salido de allí, no sabía cómo. La mención al colchón era significativa. Luego, estaba aquella cita que sólo ella conocía: el Galaxy, a las nueve. Y cigarrillos a comprar en un puesto del hotel.

Tomé nota mental de todo ello, y destruí el texto. No podía correr riesgos. Ni permitir que ella los corriese. Empezaba a pensar que Sharon no estaba sola en todo aquello. Tal vez era el principio de algo. De una revuelta, dentro de Ciudad Omega. De la rebelión de los condenados. Algo tan viejo como el mundo. Pero el mundo era diferente. Los hombres y los métodos, también. Habría que cambiar las técnicas. O todo se desplomaría sobre nosotros.

Llamé a un empleado del hotel. Le dije que el colchón había sufrido un desperfecto, quizá por estar ya defectuoso. Se justificó, cambiándolo por otro nuevo. Confié en que los métodos de vigilancia del mayor Saxon no llegaran a averiguar esto y sacar conclusiones.

Luego, bajé al vestíbulo del hotel. Había, ciertamente, un puesto de publicaciones y cigarrillos. Cuando llegué la noche antes, no lo había visto, quizá porque no estaba abierto al público.

Me aproximé a él. Vi a una muchacha que lo atendía. Vestía el uniforme de los empleados del *Ambassador*. Tenía una sonrisa estereotipada y unos grandes ojos grises. También tenía unos pechos llamativos, casi violentos. Y unas piernas estupendas. Es lo que más me atrajo de ella. Llevaba demasiado tiempo encarcelado. Era un sentimiento natural.

—¿Quiere algo? —preguntó, solícita, con su sonrisa mecánica, inclinándose hacia mí.

Su uniforme era muy escotado, y ella lo sabía. Tuve una amplia panorámica de sus senos exuberantes. Era una visión turbadora. Creo que en ese momento pensé en el Sector F. mencionado por Saxon...

—Sí —dije, sin quitar mis ojos de las profundidades de su torso —. Un paquete de cigarrillos, por favor. ¿No hay ninguna marca llamada... Sharon?

Me contempló con un gesto distinto. Su sonrisa varió poco, pero deslizó una ojeada de temor a ambos lados, como si alguien pudiera oírme. No lo había. Yo comprobé eso, antes de hablarle. La chica se mostró locuaz, mientras ponía ante mí el paquete de cigarrillos y su impresionante escote.

—Son cinco centavos —dijo—. Pero no tenemos ninguno de esa marca..., señor Knorr.

Era una respuesta. Ella sabía quién era yo. La miré, pensativo. Sus ojos se fijaron en el paquete que me daba, insistiendo ante mi silencio:

—Es su paquete, señor. Cinco centavos. Buenos días... Ah, venga cuando quiera. Le serviré encantada. Mi nombre es EIke...

—Gracias, Elke —puse en su mano un dólar—. ¿Se aceptan propinas en esta ciudad?

—No —rió, tomando el billete—. Pero lo guardaré corno un recuerdo. Me gusta usted, señor Knorr...

Me aleje del puesto, algo confuso. Ella sabía quién era yo y por qué fui a comprar los cigarrillos. Pero no me había dicho nada, salvo su nombre: Elke. No obstante, insistió en algo: el paquete de cigarrillos, precisamente.

Lo miré. Era una marca conocida. Emboquillado de lujo. Su precio en Ciudad Omega era increíble. Pero así era todo allí. La falsa Jauja de un cuento de niños sofisticado y falseado por los hombres...

No lo abrí hasta llegar a mi habitación, y comprobar que no había nadie en torno. Debía protegerme. Y proteger a Sharon. Nuestro destino, si ellos descubrían todo esto, no era precisamente halagüeño.

Cuando salió el celofán del paquete y alcé su tapa de cartón, vi en seguida el mensaje, asomando entre dos cigarrillos, en forma de pequeña cinta azul. Tiré de ella.

Era sólo un pequeño papel, no mayor que un sello. Y contenía unas pocas palabras escritas en tinta negra:

«Le espero. Sé que interpretará el mensaje. Tengo amigos. Intentamos salvarnos de algo terrible. Tenga cuidado. No se fíe de nadie. Saludos:

»S.»

La letra «S». Sharon, sin duda. Como yo imaginaba, no estaba sola. Tenía amigos. Y estaban intentando algo. Quizá algo grande. Podían triunfar. O caer todos en el empeño. Parecía que en Ciudad Omega, la muerte estaba excluida. Pero los castigos no eran menos desdeñables. Quizá mil veces peores, como dijera el propio mayor Saxon...

Encendí el cigarrillo. Luego, apliqué la llama al pequeño papel. Ardió como si fuese yesca o celofán. Un material especial para destruirse rápidamente, sin dejar huellas. Lo habían pensado bien. Como todo. Admiré interiormente a Sharon, la chica del pelo platino, si ella estaba detrás de todo aquello.

Asomé a la puerta del hotel, indolente, contemplando las amplias vías, los edificios y plazas de Ciudad Omega. Una urbe moderna, lineal, funcional y aséptica. Aparentemente, un paraíso del siglo XXM. En realidad, un cepo. Un campo de prisioneros. Una prisión. Un encierro sutil. Un ensayo de sociólogos y legalistas. Un laboratorio. Y nosotros, los cobayas. Hombres y mujeres. Conejillos de indias de un experimento.

Nadie, fuera de allí, sabía de su existencia. Sería, sin duda, una amplia «área restringida», una «zona de *top sectet*» para nuestro Gobierno. Dentro de ese área, una ciudad. Así, como suena. Una ciudad secreta. Prohibida. Y en ella, reclusos, condenados, gente expulsada de la sociedad. En vez de prisiones y celdas, edificios, calles y plazas. Bares, hoteles, restaurantes, tiendas... e incluso prostíbulos. Oficinas de crédito y lugares de trabajo.

En teoría, perfecto. Un gran avance social de nuestra era.

En la práctica... abominable. Castigos dignos de Belsen o Matthausen. Pero con la hipócrita capa de la democracia y las libertades humanas. Así daba gusto. Nosotros no podíamos protestar. Cuando íbamos allí, era engañados. Una vez dentro... resultaba demasiado tarde. No había lugar a la protesta. Ni a la reclamación. Ni tan siquiera a la evasión. No. Las mujeres que lo intentaban, eran esterilizadas y convertidas en rameras. Los hombres, en eunucos. Así se hacían las leyes de Ciudad Omega. Una utopía fraudulenta. Una gran mentira. Más aún: una crueldad.

Me sentía repentinamente furioso. Conmigo mismo, por no haber preferido la pena capital y librarme de todo esto. Con la sociedad y la Justicia, por cambiar mi destino. Con mi país, por traicionar mi fe en él. Con mi Gobierno, por no ser digno de tal pueblo. Con el Hombre, porque pertenecía a su especie, y no era digno de respeto, ni siquiera para mí.

—Está bien —susurré—. Si ha de ser..., ¡sea! Aunque hagan de mí un maldito y fofo eunuco..., ¡seré uno de los vuestros, Sharon! Seáis lo que seáis..., siempre será algo mejor que el Cuerpo Legislativo de Ciudad Omega.

Y así, tomada mi decisión, esperé las nueve de la noche. Antes, me enteré de que a las doce en punto se cerraban los locales nocturnos. Y a las dos de la madrugada, los que tenían un permiso especial, Podían entrar y salir del famoso Sector F...

A las nueve en punto, un taxi automático me depositaba en el restaurante Galaxy.

CAPÍTULO IV

Nadie me había seguido. Vi dos ambulancias, pasar vertiginosas por las anchas y casi desiertas vías de la ciudad, hacia alguna parte. Me pregunté dónde estaría el hospital de Ciudad Omega, y qué clase de accidentados habría en aquel mundo tan diferente a cuanto yo conocía.

Eso fue todo, y me sentí tranquilo, una vez en el local, de muy moderna y espacial ambientación, como su nombre parecía indicar. Pese a todos sus lujos, un menú seguía costando un dólar. Pese a todo, no había mucha clientela. Era como si la gente, a ciertas horas de la noche, optase por retirarse, en vez de disfrutar las libertades de la ciudad.

—¿Una mesa, señor? —me preguntó un camarero.

Asentí. El camarero se detuvo, señalándome a todas ellas.

—Puede elegir, señor —dijo—. Todas están libres.

—Gracias —las miré, una por una, desiertas como estaban. Pensé que hacía falta algo más para llegar al fondo de la cuestión. Y lo intenté—: Me citó alguien, justamente a las nueve. *A las nueve...*

El camarero me miró. Pestañeó. Yo asentí con la cabeza. El musitó entre dientes:

— ¿Fue..., fue «S»?

—Sí —dije—. Fue «S». Con saludos de Elke.

—Oh, haberlo dicho antes, señor —el camarero miró en torno, aprensivo. Se puso a caminar después hacia el fondo de la sala. Allí, corrió una cortina. Sólo vi un muro liso, sin fisuras. Pero él pulsó algo en una moldura.

El falso muro se deslizó ligeramente. Era una puerta. Detrás, había otra cortina oscura, de materia plástica metalizada, posiblemente hermética a los sonidos. La señaló.

—Pase, señor —dijo—. Supongo que su nombre es. Knorr.

—Gary Knorr —asentí. Puse en su mano dos dólares—. Gracias, amigo.

—No, no —me puso de nuevo el dinero en la mano—. Necesitaremos de toda la ayuda y camaradería para triunfar. Ah, y quizá del dinero… Entre, señor Knorr. Y… suerte.

Se alejó el camarero. Entré en el reservado, deslizando a un lado la cortina metalizada. Algo me tocó el pecho. Era un arma.

—Identifíquese —dijo una voz—. Hágalo…, o morirá.

* * *

—Gary Knorr —dije, sin inmutarme—. Me esperan.

—¿Quién le espera?

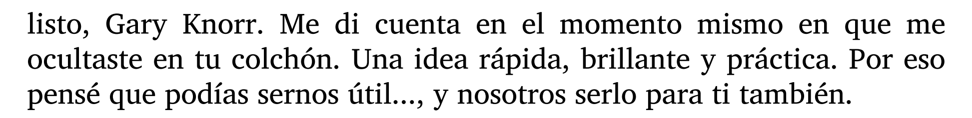
—Sharon. Adquirí los cigarrillos. Elke me los entregó. ¿Eso basta?

—Sí, eso basta —suspiró una voz. El arma dejó de oprimir mis costillas—. Entre. Y perdone los métodos. No podemos confiarnos demasiado. Ya sólo falta uno a la reunión. Cuando estemos todos, hablaremos de nuestros asuntos. Ahora, elija su cena. No se puede hablar bien con el estómago vacío. Y menos aún pensar…

Soltó una carcajada y abrió una puerta. Me vi ante un grupo de personas. Sharon estaba con ellos. Ocupaban una mesa, en aquella estancia sin aberturas aparentes. Conté en total siete. Seis hombres y ella. Me parecieron pocos para un complot contra el mayor Saxon y sus métodos de control.

—Hola —saludé. Clavé mis ojos en Sharon. Ella me sonrió—. Como ven, no he faltado. Puntual a mi cita. Ah, y vigilé por si me seguían. Todo fue bien.

—Estaba segura de ello —suspiró Sharon, acercándose a mí. Para mi sorpresa, tomó mis manos, las oprimió con calor y besó mis labios fugazmente. Al apartarse, sus ojos brillaban—. Eres un hombre


listo, Gary Knorr. Me di cuenta en el momento mismo en que me ocultaste en tu colchón. Una idea rápida, brillante y práctica. Por eso pensé que podías sernos útil…, y nosotros serlo para ti también.

—¿Una evasión? —pregunté, algo frío—. ¿Estáis pensando en eso?

—Con ciertas premisas… sí —asintió uno de los seis hombres, incorporándose y viniendo a mi encuentro, hasta estrecharme la mano —. Soy Jeff Kildern. Estoy aquí por un delito de estafa y un intento de homicidio. Eran treinta años. Creí que esto sería mejor. Fui de los primeros en llegar. Resulta horrible, amigo mío. Prefiero morir a seguir aquí. Y eso que mi tarjeta de residente es de la serie P…

—¿La serie… qué? —me interesé, mirándole curioso.

—La P. Significa «Prisionero». Es lo que soy. Prisionero durante años y años. Como una cadena perpetua. Es lo mismo.

—Espere —corté vivamente—. Mi tarjeta es diferente. Vea esto… Lleva otra letra… La letra D…

Apenas lo dije y se la mostré, hubo un instintivo movimiento de sobrecogimiento en todos los presentes. Sharon palideció, mirándome angustiada. El tal Jeff Kildern, con expresión crispada, contempló la tarjeta y luego me miró a mí.

—Cielos… —susurró—. Serie D… ¿Es que…, es que no lo sabe?

—No —dije secamente—. No lo sé. ¿Qué es lo que debo saber?

—Más tarde o más temprano… alguien se lo dirá. Imagino que usted mató a alguien…

—No, no maté a nadie. Pero me acusaron de ello. Soy inocente. No pude probarlo. ¿Qué ocurre con ello?

—¿Le…, le condenaron a muerte?

—Sí. Me cambiaron esa pena por la de destierro en Ciudad Omega.

—Es lo que imaginaba… —me devolvió la tarjeta—. No debí haber sacado ese tema a colación, pero no podía saber que usted…

—Yo…, ¿qué? —pregunté escuetamente, con voz ronca—. ¿Qué sucede conmigo, Kildern? ¿Qué significa esa letra «D»?

—La D… siempre es Muerte, amigo mío…[1] —jadeó él—. Siempre…

—Muerte… —le contemplé, perplejo, empezando a intuir lo peor —. Eso no tiene sentido. El mayor Saxon dijo…, dijo que la muerte no existía como represalia en esta ciudad. Sus leyes no la incluyen en ningún castigo, por duro que sea…

—El mayor Saxon no le engañó, Knorr… Lo que ocurre es que no existe la muerte como castigo o represalia. Sólo como sentencia de los tribunales. Algo ajeno a la legislación de esta ciudad.

—Eso quiere decir…

—Eso quiere decir, Gary, que estás condenado a muerte. Lo mismo que yo. Y que, tarde o temprano, más bien temprano, seremos ejecutados aquí, en Ciudad Omega…, sin que nadie llegue a enterarse de ello.

La voz venía, jovial pero dura, a mi espalda. Me volví. No podía creerlo. Era imposible. Pero estaba ocurriendo. Ante mis ojos.

Miré al hombre fuerte, joven, vigoroso y sonriente, que acababa de entrar en el reservado del Galaxy.

—¡Shatt! —grité—. ¡Shatt, no puedes ser tú…!

Asintió. Sí, era él. Shatt, mi mejor amigo. El hombre a quien creí muerto, ejecutado en una cámara de desintegración, allá en la Penitenciaría.

* * *

La cena había terminado.

No podía decirse que fuese una cena feliz. La sobremesa tampoco lo era. Todos estábamos silenciosos, esperando que alguno, entre nosotros, rompiera el mutismo.

Yo miraba a Shatt, insistente. Me fascinaba su presencia, su increíble retorno a la vida. Un gran amigo, un camarada inolvidable a quien dediqué en mi celda los mejores recuerdos cuando anunciaron

su marcha hacia la cámara de ejecuciones..., y ahora estaba allí ante mí. Lleno de vida. Pero quizá no por mucho tiempo. El mismo lo había dicho.

De repente, se me ocurrió algo, una idea alucinante que danzaba por mi cerebro hacía ya largo rato, hasta atormentarme durante la cena:

—Shatt... Cuando te llevaron a esa cámara de ejecuciones..., nos engañaron a todos.

—Sí, Gary. A todos —suspiró él.

—Incluso a la prensa, a la opinión pública...

—A todos.

—¿Y... a la justicia, a la auténtica justicia... fuera de Ciudad Omega?

—A todos, Gary. Incluso a mí —insistió él—. Me metieron en aquella cámara. Luego... me sacaron de ella por otra puerta. Me habían indultado. Era libre. Iba desterrado. Así llegué aquí. Me sentía feliz entonces, puedes suponerlo.

—Sí, yo también. Pero a mí no me llevaron tan lejos. Me lo notificaron antes, y pensé que era resultado de una revisión judicial de última hora.

—Ahora, ya sabes la realidad. Nos traen aquí, a un matadero de lujo.

—Shatt...

—¡Es la verdad, Gary! —se incorporó, de repente, pegando un violento golpe sobre la mesa del restauran te—.¡Tú, yo mismo, todos los que llevamos esa terrible letra «D» en nuestras tarjetas de residencia, seremos ajusticiados! He visto desaparecer súbitamente a compañeros que tenían la misma letra. Así, de repente. Sin más ni más. Decirnos en cualquier bar «hasta mañana»... y luego no verlos más. ¿Te das cuenta? Algo espantoso... Yo sé lo que les ocurrió. Sé que están muertos. Ahora, sí. Sin trucos, sin mentiras.

—Pero..., ¿por qué, Shatt, por qué? —me exasperé—. Yo estaba preparado, listo para morir. Me había hecho a esa idea. Y, de repente, una esperanza, una nueva vida: libertad, exilio, lo que fuese... Una

ciudad, en suma. Un mundo sin rejas ni muros. ¿Tiene sentido eso? ¿Por qué despertar esperanzas para luego aplastarlo todo de un simple golpe?

—Es su método. El famoso Método Enwright... Sí, Gary. El senador Enwright facilitó un nuevo método más humanitario para ejecutar a los condenados a muerte, puesto que el Gobierno resolvió no abolir la pena capital en su última decisión... Se finge que a uno se le da la vida... y luego se le aplica la muerte. Primero, se le han dado toda clase de comodidades, lujos, placeres, una vida aparentemente afable..., y de súbito, se le mata. Así suena mal, pero el senador Enwright tenía otra idea: dulcificar la vida final de los reos a muerte. Un experimento fascinador. Los políticos y los policías desvirtuaron la idea. Ciudad Omega fue creada para ésos. Hay dos clases de ciudadanos: condenados a prisión perpetua, y condenados a muerte. La P. de prisioneros, y la D. de los sentenciados a morir. Lo descubrí por una indiscreción oficial. Hasta los policías de Ciudad Omega son humanos, Gary...

Bajé la cabeza. Era un impacto demasiado terrible. Primero me daban la vida... para quitármela luego. En cualquier momento. Cuando no la esperase. ¿Más piadoso? Quizá. Pero en la práctica, mucho más terrible. Más cruel y despiadado. Casi inhumano.

—Ese senador pudo haberse guardado la idea para sí... —comenté, ceñudo.

—No sé, Gary —confesó Shatt, paseando nervioso— No es suya la culpa... Creo que algo en esta ciudad está fallando... Quizá sus gobernantes, quizá el modo de llevar el proyecto... Si no quieren matar a los condena dos, que sea abolida la pena capital, pero que no traten de dulcificar las cosas, en aras de un pretendido humanitarismo que no es sino fría mecánica... Pero el mal está hecho. Hemos de morir..., a menos que escapemos de aquí.

—Y si no escapamos..., ¿sabes nuestro futuro? —le pregunté.

Claro, Gary. Lo sé casi todo sobre esta ciudad. No me da miedo. Morir o quedar convertido en un ser inferior, ya importa poco. Quiero liberarme. Y liberar a los demás.

—No va a ser fácil, Shatt... —contemplé al octavo miembro del grupo clandestino—. Sobre todo, sabiendo ya que Sharon está perseguida... ¿Lo estás tú?

—«No —negó él vivamente—. Ignoran que yo sé lo que nos

espera a los ciudadanos con la letra «P» en nuestras tarjetas de residencia. No sospechan que practique actividades clandestinas contra los sistemas de control y gobierno de la ciudad.

—Aun así, harán falta recursos. El mayor Saxon me ha parecido un hombre frío, eficiente… y muy astuto.

—Es así, Gary —Shatt puso una mano cordial, amistosa, sobre mi hombro. Me miró lealmente—. Mi querido amigo, tú sabes que yo soy inocente. Creíste en mi inocencia, allá en aquella penitenciaría, como yo creí en la tuya. Pese a todo, ambos hemos sido condenados a morir. ¿No crees que, aun siendo culpables, estaría justificado luchar con todas nuestras fuerzas para salir de aquí?ˆCon mucho más motivo, no habiendo cometido los delitos que nos atribuyeron…

—Estoy dispuesto a luchar —afirmé—. Lo que hablaba era de recursos, de medios para tener alguna esperanza…

—Disponemos de algunos —dijo Shatt, evasivo—. Cuento con algunas adhesiones que pueden ser importantes, Gary. Mis compañeros saben que es así. Si disponemos de armas, es posible que logremos salir de aquí. Sharon cometió el error de querer hacerlo por sí misma. Eso es imposible. Estaba condenada al fracaso. Tenemos que actuar juntos. Y en el momento oportuno.

—¿Se puede disponer de esas armas?

—Sí. Y serán armas peligrosas para todos. Especialmente, para los controladores de Ciudad Omega —sonrió enigmáticamente Shatt —. Armas químicas…

—¿Bacteriológicas? —indagué, preocupado.

—Eso es. Serán las únicas que podamos manejar. Existe otro condenado a muerte que nos las facilitará. Es un científico. Culpable de homicidio múltiple por imprudencia en sus experimentos. Puede ser peligroso, ya te dije. Los científicos tienen mala prensa desde hace décadas, quizá más de un siglo… El profesor Elstrom no es una excepción. Ni siquiera para mí. Temo sus armas, porque sé que con sus investigaciones mató a más de veinte personas que pudieron haber salvado la vida. Es culpable de ello y pagará con la vida, si no escapa de aquí. Pero él no quiere escapar.

—¿Cómo? —me sorprendí.

—Así es, Gary. El renuncia a su salvación. Afirma que prefiere

pagar sus culpas y morir. Pero rehabilitarse en cierto modo, salvando al menos tantas vidas como sacrificó. Creo que moriría feliz, si supiera que, cuando menos, veinte de nosotros lográbamos salir de Ciudad Omega.

—Y esas armas químicas…, ¿qué son?

—No lo sé. Nadie lo sabe, excepto el propio profesor Elstrom. Creo que está trabajando para nosotros aunque, oficialmente, se dedique en exclusiva a un estudio sobre una gripe, una *influenza* de nuevo tirio, presentada recientemente en esta ciudad, por indicación de las autoridades locales.

—Sí, es un arma de doble filo quizá…*x* pero no habrá otra cosa en que confiar, supongo… —aventuré, mirando a mi viejo amigo de la prisión con aire pensativo.

—Cierto. No hay otra cosa en que confiar —corroboró él, moviendo la cabeza con energía —. Todos nuestros camaradas están de acuerdo en seguir hasta el fin, ocurra lo que ocurra. ¿Qué decides tú, Gary?

—Creo que tengo poco donde elegir —sonreí amargamente—. La muerte repentina, en cualquier momento, tras unas dulces horas en un lugar de esta ciudad…, o el intento de salir de aquí para seguir luchando por la vida, aunque sea al margen de la ley. Estoy con vosotros, amigos míos. Ocurra lo que ocurra, como tú dices.

—Sabía que pensarías así —me oprimió con fuerza el brazo—. Gracias, Gary. Bien venido a nuestro grupo. Ahora, procura salir de aquí y recorrer algún lugar nocturno, como si fueses simplemente a divertirte. Hay que engañar a esa gente a cualquier precio. Y no es una tarea fácil, aunque tuvieras tanta suerte ocultando hoy a Sharon…

Miré a la muchacha. La platinada joven me sonrió, guiñándome un ojo maliciosamente, en señal de simpatía y gratitud. Yo les sonreí a todos. Luego, me puse en pie.

—Iré desde aquí al Sector F —dije de pronto—. Es la mejor forma de disimular.

Jeff Kildern sonrió socarrón. Shatt asintió, complacido. Sharon mostró cierto aire de disgusto. A fin de cuentas, era mujer.

—Perfecto —dijo Shatt—. Ve, Gary. Y cuídate mucho.

—Claro —asentí—. Huelga el consejo. Shatt, me alegra verte de nuevo. Espero que salgamos con vida de ello. Y que luego, si es posible, demostremos nuestra inocencia en los delitos de los que nos acusan. Daría algo por poderle devolver a aquel maldito juez que me envió al patíbulo —aunque ese patíbulo sea tan aparentemente bello y alegre como es esta ciudad—. todas sus sentencias envueltas en mi desprecio y mi burla, una vez. libre y rehabilitado. Sé que es un sueño, pero su voz, su fría sentencia, su modo deshumanizado de condenarme, sin tener en cuenta nada de cuanto clamé en defensa mía, me ha quitado el sueño muchas veces.

—Mi querido amigo Gary Knorr, quizá te sorprenda lo que voy a decirte, pero ese juez que te condenó, está mucho más cerca de ti de lo que imaginas. Y no creo que, por bien que todo nos vaya en este intento, te sea posible vengarte de él…

—¿Qué quieres decir? —le miré, perplejo.

—Tú no sabes su nombre, como tampoco lo sabía yo, cuando fui sentenciado. Era un juez con fama de duro e implacable. Quizá por ello mismo, hizo méritos para ser quien ahora es. Su nombre es Lou Novak, representa aquí al Gobierno de la nación… y es, además, presidente del Cuerpo Legislativo de Ciudad Omega…

CAPÍTULO V

Cuando abandoné el Galaxy, nadie vigilaba sus alrededores, según habían informado los camareros que formaban parte del grupo conspirador, y según me cuidé yo mismo de comprobar.

Tomé, a algunas manzanas de allí, en la ciudad silenciosa y casi desierta ahora, un taxi automático, con destino al Sector F. Recordé las palabras del mayor Saxon, sobre el tránsito de ciudadanos después de las doce. Necesitaban de un permiso especial. Pero eran sólo las once. Esperaba perder solamente una hora escasa en la zona de las rameras. Sólo pretendía engañar a mis presuntos vigilantes, si los había en el hotel o en sus cercanías. Así no se preocuparían de saber dónde estuve antes.

El Sector F era solamente un recuadro de cuatro manzanas, delimitado por una serie de vallas y de anuncios asépticos, que nada querían decir. Pero más allá, vi luces de tono rojizo, y un indicador luminoso donde se señalaba la prohibición expresa de circular en aquella zona después de medianoche, a menos que se llevara un pase especial.

Unos agentes uniformados deambulaban por la amplia acera cuando intenté penetrar en las calles oscuras y poco frecuentadas de aquel área. Uno me detuvo.

—Su tarjeta, por favor —pidió, seco.

Se la mostré. Hizo un gesto de sarcasmo al devolvérmela.

—No esperó mucho, ¿eh? —comentó, irónico.

—No, no mucho —reí—. Soy muy apasionado, agente.

—Está bien. Recuerde que a las doce está prohibido circular por aquí, a menos que vaya en un taxi, de regreso a su alojamiento. Tiene poco tiempo…

—Bastará —reí entre dientes, pasando de largo hacia el Sector F. Y me adentré hasta una de las puertas de luz roja. Apenas llegué a ella, algún sistema electrónico funcionó, abriendo una puerta. Una voz sonó por una rejilla del muro:

—Cinco dólares de entrada. No vacile, señor. Podrá elegir a las más bellas…

Deposité la cantidad en una ranura. Ello hizo accionar un resorte interior. Se deslizó una segunda puerta, y vi un corredor iluminado también de tono carmesí. Me adentré por él. Sabía lo que me esperaba.

Al final, unas mujeres. Una elección entre hermosas figuras. Unos minutos de placer. Y el regreso al hotel. Era necesario, aunque no me sentía con ánimos de beber, de reír o de amar, desde que supe que la letra «D», en mi tarjeta de residencia, era como una auténtica espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza. Que nada había cambiado desde la penitenciaría hasta esta ciudad. Que el destierro era falso, como todo lo demás. Un erróneo, un brutal medio de disimular una verdad horrible. A fin de cuentas, era el mismo fin el que me esperaba, antes o después: la muerte.

Sí Esta noche, en el Sector F., creo que elegí a una hermosa mujer. Era joven, seductora y complaciente. Pero ahora no podría recordarla en lo más mínimo. Ni sentí en ningún momento felicidad alguna. Tampoco la había buscado en aquella aventura nocturna con profesionales de la prostitución. Profesionales que, tal vez, eran sólo mujeres castigadas por las brutales leyes de Ciudad Omega. Pero ella, si lo era, no me lo dijo. Lo cierto es que yo tampoco quise preguntárselo.

A mi regreso al hotel, eran exactamente las doce menos tres minutos. Descendí del taxi automático y me dispuse a entrar en el

edificio. La voz calmosa me detuvo :

—Buenas noches, señor Knorr. Muy puntual... Se ha librado por poco de quebrantar la ley..

Me volví despacio. Miré al hombre que emergía de entre las luces y las penumbras nocturnas, frente a la fachada del Ambassador. Era el mayor Saxon, una vez más.

* * *

—¿Se ha convertido usted en mi sombra, mayor? —pregunté secamente.

—No, no es eso —rió suavemente—. Debe perdonarme si le resulto molesto.

—Creo que le importa poco que le perdone o no.

—Quizá. Pero lo cierto es que no trato de seguirle ni molestarle. Vine en su busca al hotel hace un rato. Eso es todo.

—Ya. Y al ver que no estaba, supuso que había intentado evadirme...

—No sea necio. Sé que no intentaría una estupidez así. Sencillamente, traté de saber dónde se hallaba.

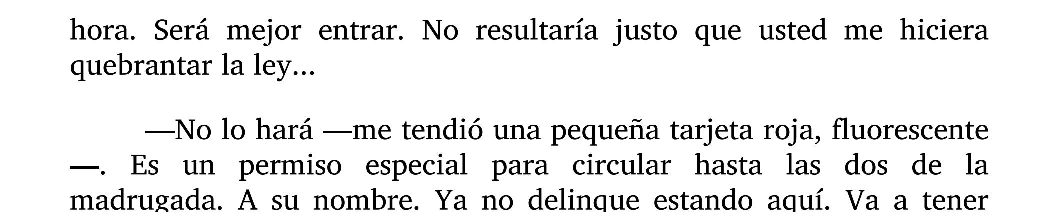
—¿Y lo supo?

—Lo supe. Mi sistema de seguridad funciona perfectamente. Fue usted detectado a las once en el Sector F —entornó sus ojos, mirándome malicioso—. Era algo muy natural... Pero ¿dónde estuvo antes?

—Cenando por ahí —dije—. En un restaurante elegido al azar. No recuerdo su nombre, pero podría llevarle a él, si lo desea...

—No, no hace falta. No vigilo sus pasos. Lo que haga en la ciudad es cosa suya, en tanto se mantenga dentro de la ley. Le buscaba por otras razones.

—Bien. Le escucho —miré mi reloj—. Pero va a cumplirse la



hora. Será mejor entrar. No resultaría justo que usted me hiciera quebrantar la ley…

—No lo hará —me tendió una pequeña tarjeta roja, fluorescente —. Es un permiso especial para circular hasta las dos de la madrugada. A su nombre. Ya no delinque estando aquí. Va a tener que venir conmigo ahora.

—¿Adónde? —pregunté, entre perplejo y alarmado.

—Eso lo sabrá a su debido tiempo —me miró, escudriñador—. Escuche, Knorr. Aquí, a fuerza de tratar a los ciudadanos como ex convictos, se olvida uno a veces del oficio o profesión de cada cual. ¿Puede decirme cuál era el suyo? Sólo a título de confirmación, claro…

—Supongo que debe saberlo, como usted dice —le miré, absorto, sin saber adónde iba a parar—. Soy…, es decir, *fui…,* fui funcionario del Gobierno…, de ese mismo Gobierno que luego me condenó… y que me envió aquí.

—Ya sé. Funcionario del Gobierno. Pero ¿qué clase de funcionario? ¿De qué especialidad o cuerpo, Knorr?

—Sanidad —dije. Y como si fuese azar o simple coincidencia, otra ululante sirena acompañó allá, calle adelante, el paso de un vertiginoso vehículo ambulancia, camino de alguna parte. Se perdió en una esquina, mientras yo contemplaba pensativo al mayor Saxon. Y él asentía, grave el gesto.

—Sanidad —repitió—. Sí, eso tenía entendido. Control de Sanidad Federal, ¿no es así?

—Exacto —afirmé—. Tenía acceso a ciertos medicamentos y drogas. Hubo un robo de narcóticos. Y un crimen, utilizando algunos de ellos. Se probó que eran narcóticos de los que yo podía tomar. Hallaron unas muestras en mi domicilio. Pero era una prueba falseada por alguien, no sé por quién. Lo cierto es que pagué por ese crimen.

—Quizá porque la víctima era un enemigo suyo —recordó fríamente Saxon, sin desviar sus ojos de mí—. Le quitó la novia. Se casó con ella. Conozco la historia.

—Hazel… —suspiré, entornando mis ojos, evocador—. Es ridículo, mayor. No amé nunca hasta ese extremo. El era rico, podía hacerla feliz… Siempre pensé que le mató alguien relacionado con sus

grandes negocios, no con su vida sentimental…

—Dejemos eso. Yo no puedo resolver sus problemas judiciales. Además, ya no cuenta eso aquí —mintió glacialmente, sin inmutarse su rostro hermético—. Usted era de control de Sanidad Federal. Puede sernos de mucha ayuda. Eso, lo tendrá en cuenta el Cuerpo Legislativo, para el futuro.

Mentía otra vez, sin duda. Yo no tenía futuro allí. Como no lo tenía Shatt. Éramos del grupo de ciudadanos de la letra «D». Pero no podía decírselo, o delataría la verdad que debía permanecer oculta. Contemporicé, pese a que me sentía intrigado en el fondo:

—Eso suena bien… ¿Qué se espera de mí, mayor?

—Ya le dije que es complicado. ¿Quiere colaborar?

—¿En qué? —insistí.

—Tal vez en salvar vidas. Muchas vidas. En dar algo de luz a un misterio que nos preocupa. He oído esa ambulancia, ¿no? Habrá oído otras esta noche, estoy seguro…

—Es cierto —asentí—. Las he oído. En varias ocasiones.

—Se dice oficialmente que es una gripe, un simple caso de virus de la *influenza.*

—¿No lo es? —empecé a alarmarme.

—No puedo decir más —apretó los labios—. ¿Viene conmigo? Va a entrevistarse con el jefe de la policía local, Konrad. Con Ilya Yosha, del Control de Condenados. Y con Lou Novak, agente especial del Gobierno… y presidente de nuestro Cuerpo Legislativo. ¿Qué decide?

—Está bien. Vamos allá —me Encogí de hombros—. Después de todo…, no creo que pierda nada con ello, mayor.

—Por el contrario —me miró, y parecía extrañamente sincero al añadir—: Puede ganarlo todo… Vamos. Le llevaré en mi coche oficial.

* * *

Casi me sentía importante. Aunque les odiaba a todos ellos, les miré expectante, confiando en que aquella insólita situación, totalmente inesperada, pudiera en el futuro servirme de algo. Aunque lo cierto es que no sabía para qué.

Los tres hombres estaban allí, sentados ante mí. A un lado, Konrad, con uniforme gris y el distintivo del jefe de la policía de Ciudad Omega sobre su pecho. Al otro, Ilia Yosha, vestido de oscuro, con un botón en su solapa, con dos letras C. Supuse que era el emblema del Control de Condenados.

En medio... él. El antiguo juez. Lou Novak, delegado del Gobierno para la supervisión jurídica y legal de Ciudad Omega. El magistrado que nos condenó a Shatt y a mí, con diferencia de pocas fechas, por delitos similares. El juez Novak, de quien desconocía yo incluso el nombre y a quien nunca vi el rostro, ya que los procesamientos se hacían sin enfrentar a tribunal y acusados.

Era un hombre extraño, frío y deshumanizado. Quizá tenían que ser así los jueces, pero me pareció tan lejano a mí como si estuviera hecho de metal. Ojos acerados, color gris plomo, facciones afiladas, angulosas, cabello aplastado, canoso, y boca prieta, de delgados labios, tan descoloridos como su piel toda. Me miró igual que si yo fuese un simple animalito encerrado en una vitrina. Evidentemente, sabía quién era. El hecho de que me hubiese enviado a la muerte, parecía dejarle indiferente por completo.

Unas crudas luces blancas, deslumbrantes, brotaban de paneles murales y en el techo, dando una luz intensa a la amplia estancia donde me enfrentaba a los tres hombres más representativos de Ciudad Omega, al famoso y omnímodo Cuerpo Legislativo. Un órgano distinto de gobierno, para un mundo distinto también.

—Siéntese, Knorr —me invitó el jefe de policía Konrad con voz fríamente cortés.

Obedecí, mirándoles a todos con la misma frialdad que ellos a mí. Tenía poco, apenas nada que perder En eso, estaba en cierta ventaja respecto a ellos. Imaginaban que yo tenía esperanzas de seguir viviendo en su utópica ciudad. Yo sabía que aquél era sólo un cementerio hermoso y cómodo, pero cementerio a fin de cuentas.

—Hay poco tiempo para perderlo en divagaciones —habló ahora Ilia Yosha, con un tono seco, desabrido—. Creo que usted es miembro

de Sanidad, Knorr.

—Lo fui, señor —rectifiqué, irónico—. Ya no soy nada.

—Es ciudadano de esta urbe —señaló Lou Novak, hablando por vez primera—. Eso basta. ¿Trabajó en Sanidad, Knorr?

—Usted debería recordarlo, señor —repliqué—. Creo que mi juez se llamaba Novak…

—¿Quién se lo dijo? —objetó él, vivaz, mirándome con ojos centelleantes—. No es costumbre informar a los reos del nombre de sus jueces…

—Se asombraría usted de las cosas que se saben en una penitenciaría, señor —dije, evasivo, comprendiendo que acababa de cometer un error al citar lo que me dijera Shatt—. Lo cierto es que lo sé. Por tanto, no empieza esta reunión con demasiada cordialidad por mi parte.

—Dejemos eso —habló Saxon a mi lado con energía—. El juez ya no ejerce como tal. Es agente del Gobierno en esta ciudad. Eso debe bastarle. Es presidente de este Cuerpo Legislativo. Puede hacer mucho por usted…, si usted hace algo por nosotros.

—¿Es un pacto?

—Sí —suspiró Konrad. el policía—. Digamos que es un pacto. Si usted puede cumplir su parte, por supuesto. Aún ignoramos cuáles son sus conocimientos en materia sanitaria.

—No son vulgares —repliqué—. Me ocupaba de laboratorios y estupefacientes. De investigación, en suma. Estudio de enfermedades, de epidemias, y cosas así.

—¡Perfecto! —clamó con raro énfasis Ilia Yosha—. Es lo que buscábamos, Knorr. Usted puede ser nuestro hombre.

—¿El hombre… para qué?

—Para salvar la ciudad —dijo rudamente Saxon—. Para salvarnos a todos, quizá.

* * *

En el muro, se había encendido un cuadro sinóptico graduado. Vi surgir una columna escarlata en su fondo. Fue subiendo gradualmente. En diagonal. Rápida. Como la fiebre de un enfermo grave.

Miré a los cuatro hombres reunidos conmigo en aquella sala. Indagué:

—¿Qué es eso?

—Un crecimiento alarmante. Ya lo ve. El índice de algo que progresa.

—¿Una epidemia? —sugerí.

—Sí, una epidemia —asintió Konrad, jugueteando distraído con la placa que prendía al pecho de su guerrera gris—. Una gravísima epidemia.

—Usted me dijo que no era gripe ni *influenza* —me volví a Saxon, pensativo—. ¿Qué es, entonces?

—Ahí entra usted —Konrad pulsó una tecla de su mesa, y la imagen en la pared luminosa cambió. Vi ante mí un cuerpo humano rígido, en un lecho. Era una limpia imagen en color. El hombre parecía sudar copiosamente. Hasta la sábana aparecía empapada—. Vea eso, Knorr.

—Ya lo veo —asentí—. Un hombre enfermo. Febril, sin duda. Bañado en sudor.

—Cuarenta y un grados centígrados de fiebre cuando se tomó esa imagen —señaló glacialmente el juez Novak—. Luego subió más y más...

—Cielos —me estremecí—. ¿Lo soportó?

—No. Murió una hora más tarde.

—Ya —resoplé—. ¿Qué dijeron los médicos?

—Nada. El cuerpo médico de Ciudad Omega está formado por reclusos y personal oficial, a partes iguales. Estuvieron de acuerdo en todo. No entendían nada. No era un mal que conocieran.

Me quedé pensativo. La imagen se borró de la pantalla mural. Vi un rígido cuerpo sin vida. Un cadáver en una mesa de mármol. Era el mismo hombre.

—Dos horas después —enunció Saxon—. El enfermo, ya cadáver. En el depósito de Ciudad Omega. Observe su rostro.

Lo observé. No se veía claramente, pero su frente parecía abultada, sus párpados hinchados, sobre los ojos cerrados. Raras manchas carmesí salpicaban sus mejillas. La fotografía estereoscópica cambió. Era un primer plano de rostro. Terrible.

Una hinchazón atroz en las sienes y frente. Manchones rojos abultando su cara. Rostro deforme. Incluso la cabeza parecía aumentada de volumen, inexplicablemente.

—No entiendo —suspiré—. Nunca vi a un enfermo así. Ni a un difunto.

La fotografía saltó de nuevo. Apareció otra. Me estremecí. Aquello era increíble.

—Dios mío... —susurré—. Si no tiene rostro...

Era verdad. *Aquello* no podía ser un rostro humano. El primer plano era espeluznante. Una cara deforme, roja, a bultos, desaparecida la boca, la nariz, e incluso los ojos, entre una serie de deformidades espantosas, de promontorios escarlata. La cabeza era una forma hinchada, de piel tensa, violácea, nada parecida a un ser viviente.

—Es el mismo paciente —informó con frialdad Saxon—. Justo a las dos horas escasas del fallecimiento...

Anonadado, sacudí la cabeza. Sentía un desaliento especial. Hubiera querido ayudarles en ese momento, pero no encontraba la forma. No entendía nada de aquella sucesión de imágenes.

—Lo siento —murmuré—. No entiendo. No puedo entender nada...

Otra fotografía en el mural luminoso. Esta vez, la mesa del depósito. Vacía. Con sólo una tela blanca caída. La misma tela que antes cubría el cuerpo. No vi ni rastro del extraño difunto.

—¿Qué significa eso? —indagué—. No veo nada...

—Es que no hay nada. *Nadie* —era la voz del policía Konrad la que hablaba—. Así estaba esa mesa del depósito a las tres horas de morir ese hombre. ¿Lo entiende? Nadie entró allí. Pero el cuerpo no estaba. Se fue.

—¿Bromea?

—Ojalá bromeáramos, Knorr —dijo Saxon con frialdad—. El jefe de policía le ha dicho la verdad escueta. Los muertos *se van* luego… Desaparecen. Y ocurren cosas así…

Otra fotografía. La salida del depósito de cadáveres. Era fácilmente identificable. Lo decía sobre la puerta, en un rótulo muy legible. Al pie de la puerta, yacía un hombre con bata blanca. O lo que quedaba de un hombre.

De su rostro, sólo quedaba una blancuzca calavera, bajo los cabellos intactos. Las manos visibles, eran las descarnadas de un esqueleto.

—Era un empleado del depósito —oí la voz de Lou Novak, mi juez—. Lo encontramos así. Y aún no hemos hallado el cadáver que falta…, como tampoco hallamos otros diez cadáveres en semejante estado.

—Y esta noche, cinco personas más han muerto en Ciudad Omega, víctimas de esa misma dolencia, Knorr… —remachó el mayor Saxon sombríamente.

CAPÍTULO VI

El vehículo oficial nos dejó en el depósito de cadáveres de Ciudad Omega cuando ya eran casi las dos de la madrugada. Miré mi reloj y dirigí una mirada a Saxon. El mayor se encogió de hombros.

—No se preocupe ahora por eso —manifestó gravemente—. Hay asuntos más serios en juego. Está con nosotros. Eso basta. Digamos que es… una excepción.

—Ya —miré con cierta aprensión a la puerta del depósito—. De modo que ahí dentro… hay cuatro hombres en el mismo estado…

—Eso es. Cuatro empleados convertidos en simples esqueletos. Ahora los guardan policías armados. Pero parece ser que ellos no desaparecen…

—¿Y los cinco que murieron esta noche…? —pregunté, ceñudo. .

—Han sido introducidos en cámaras herméticas, frigoríficas —explicó Konrad—. No se pueden abrir desde dentro. Y las aseguramos por fuera. De momento, nadie ha tocado esas cámaras. De modo que las cinco últimas víctimas de la enfermedad, siguen allí.

—Bien… —suspiré—. Veremos cuál es su estado actual. ¿Hace mucho que murieron, mayor?

—La última, sólo tres horas. La primera hace más de seis... —mientras hablaba, entrábamos por el corredor de acceso al depósito. Vi allí a varios policías uniformados. Uno de ellos se acercó a Konrad para informarle.

Esperamos. Agitado, Konrad se volvió a nosotros.

—Hay noticias de dos defunciones más, muy recientes. Han ido a buscar los cuerpos con vehículos especiales herméticos. Y con gente armada. Espero que todo vaya bien...

Seguimos adelante. El número de defunciones aumentaba en modo alarmante. Iba reflexionando en todo ello, mientras caminaba con los cuatro prohombres locales, escoltados por fuerzas armadas. Hubiera querido ofrecerles una solución a aquel enigma, pero la verdad es que estaba tan desorientado como ellos. No resultaba nada claro una dolencia semejante. Menos aún las hinchazones anormales *post mortem.* Y no hablemos ya de la posterior desaparición de los cadáveres... y la aparición de esqueletos humanos, como huella de su paso.

—Le llamamos, por el momento, «el Mal de Elstrom» —sonó de pronto la voz de Ilia Yosha.

Me volví con sobresalto. Miré al que había hablado. El nombre de Elstrom me trajo inmediatamente el recuerdo de mi reunión con Sharon, con Kildern, con Shatt, en el reservado secreto del Galaxy.

Elstrom...

¿Acaso una de sus armas bacterianas...? La idea me llenó de horror. A veces, hay cosas que no deben utilizarse, ni siquiera para sobrevivir.

—¿Por qué? —pregunté. Y la voz me sonó algo ronca—. ¿Por qué le han dado ese nombre?

—El profesor Elstrom es uno de nuestros ciudadanos —explicó Novak con frialdad—. Acudimos a él ayer, apenas se dieron los primeros casos... Nos dijo que era un virus.

—¿Un virus?

—Sí. Una enfermedad vírica, transmitida sólo Dios sabe cómo... Pero un virus que está aquí, en Ciudad Omega. Una dolencia desconocida, de naturaleza inexplicable... Según él, ataca al cerebro

humano, lo altera hasta provocar la muerte de la persona, y luego sigue vivo ese virus dentro del cuerpo humano, desarrollándose en él, y llegando a hacer de ese cuerpo su propia envoltura. Convertido así en un virus gigantesco, siempre vivo, parece tomar vida propia y utiliza ese cuerpo para desplazarse. Si encuentra a algún ser vivo en su camino...

Hizo una pausa el juez Novak. Yo traté de apremiarle:

—Sí, siga... ¿Y qué más?

—Entonces, siempre según la teoría del profesor Elstrom, *ataca* a los seres vivos, e incluso es posible que *devore* sus tejidos, dejando tras de sí un rastro de..., de esqueletos.

Reinó un profundo silencio en el corredor que conducía al depósito. No tenía nada de lúgubre, puesto que, como correspondía a una ciudad como aquélla, su iluminación era blanca, esplendorosa, aséptica. A pesar de ello, no pude evitar un escalofrío de terror.

Si lo que afirmaba Elstrom era cierto, estábamos frente a un verdadero horror viviente, que dado el aislamiento de la ciudad de los reclusos, podía convertir ésta en un auténtico cementerio. La epidemia continuaba, al parecer. Y la teoría de Elstrom podía ser un disparate... o una tremenda realidad.

—Si eso es cierto, señores..., ¿qué vamos a encontrarnos cuando abramos esos frigoríficos? —pregunté con brusquedad.

—No lo sé —confesó Saxon—. Pero me temo que nada bueno, Knorr...

—Usted está aquí para ayudarnos —dijo Ilia Yosha—. No acabamos de creer en las teorías del profesor Elstrom. Pero el llamado «Mal de Elstrom», tenga él razón o no, sí existe, eso es evidente. Podemos traer aquí médicos, científicos y expertos de todo el mundo, pero la existencia de Ciudad Omega debe seguir siendo un misterio para todos, y eso lo cambiaría todo. Por otro lado, urge una solución, la que sea. Y un experto en epidemias, en virus y en inmunologías, como usted lo ha sido, podría sernos muy útil ahora. Tenemos laboratorios, productos, medios de investigación... Knorr, de usted depende que el mal sea atajado. Pactaremos en la forma que usted decida. No podemos decirle más.

Era mi ocasión. Mi gran ocasión de sobrevivir. Pero no podía olvidar a Shatt, a Sharon y a sus amigos. Ellos luchaban lo mismo que

yo. Si les incluía a ellos en mis condiciones, podrían negarse. Y, en todo caso, descubrirían el complot. No podía darles sus nombres. Era delatarles ante sus peores enemigos. Ni siquiera creí que pudiera fiarme de aquellos cuatro grandes hombres.

Pero la vida y la salud de muchas personas estaba en juego. Como funcionario de Sanidad, me veía moralmente obligado a ayudarles sin pedir nada a cambio. Aunque si Elstrom tenía razón…, ¿de qué podría servirles yo? Nunca me había enfrentado en toda mi vida con virus capaces de crecer hasta el volumen de un cuerpo humano. Y menos aún, capacitados para devorar a otro ser humano, dejándole sólo el esqueleto…

—Es un caso alucinante —dije, mientras todos esperaban mi respuesta, sin quitar sus ojos de mí—. Elstrom puede estar acertado o no, pero su explicación del fenómeno es tan respetable como cualquier otra, en tanto no surja una más verosímil. Elstrom, además, es un experto. Debemos fiarnos de él.

—Sólo en parte. Su mente no rige bien —puntualizó Konrad—. En una de sus experiencias científicas, mató a muchas personas…

—Un científico no siempre desprecia la vida humana. La ciencia ha causado muchas víctimas, pero no es un enemigo ni lo hace por capricho, señores. Tal vez Elstrom esté realmente arrepentido de eso…

—Parece estarlo —suspiró Saxon—. Pero se considera incapaz de frenar la epidemia.

—Y después de eso, ¿recurren ustedes a mí? —les miré, asombrado—. Será otro fracaso, compréndanlo…

—O quizá no —replicó Novak—. Trabaje en ello. Haga análisis, estudie el asunto… Cuantos medios hay en la ciudad, los tendrá a su servicio. Elstrom es un creador. Usted es un experto en epidemiología. Puede dar con la verdad, con una solución práctica, antes que él.

—Estas cosas no son cuestión de horas. Y menos, en un caso así.

—Por esta vez, tendrá que serlo —apremió Saxon—. Inténtelo, cuando menos. Todo lo que pida luego, dentro de lo razonable, se le concederá, Knorr.

—¿Absolutamente todo? —puntualicé—. A lo razonable, me refiero.

—Sí, absolutamente todo —garantizó Konrad secamente.

Habíamos llegado a las cámaras frigoríficas del depósito. Miré aquellas puertas con temor, preguntándome qué nos esperaría detrás de ellas. Unos funcionarios de bata blanca compartían la guardia junto a varios hombres armados, de uniforme gris. Parecían inquietos al mirarnos.

—Esos cadáveres... *se mueven* dentro de las cámaras —dijo uno de ellos—. Al menos, se movían hace una hora... Percibimos ruidos entonces. Ahora, todo está en silencio...

Konrad, como jefe de policía, aparecía pálido pero sereno. Dispuso una hilera de hombres armados, enfilando con sus rifles electrónicos a las cámaras. Nosotros nos situamos detrás, a la espera.

—Ahora —dijo Saxon—. Abran esas cámaras, por favor...

Las abrieron mediante un control remoto electrónico. Se deslizaron las blancas puertas. Creo que todos exhalamos un colectivo grito de horror.

CAPÍTULO VII

Lo que brotó por aquellas puertas difícilmente tenía el nombre de *humano.* No lo era, salvo en los jirones de ropas que colgaban de sus cuerpos abultados, violáceos, deformes como globos adiposos, sin extremidades apenas, con una serie de bultos como rostro, y un espantoso cráneo inflamado rematando aquella *cosa* escalofriante que, por quintuplicado, se nos venía encima.

Cinco masas amorfas, amoratadas, casi reptando por el blanco depósito, sin inmutarse por el gélido frío de las cámaras, sin aparentar que la muerte hubiese hecho mella en ellas, salvo para desfigurarlas hasta límites alucinantes, que no parecían de este mundo.

—¡Fuego! —rugió Saxon, con voz potente.

—¡Fuego! —corroboró el jefe de policía Konrad, dominando su propio horror.

Vi cómo las cargas disparadas por los fusiles electrónicos chocaban con aquellas formas repugnantes y deshumanizadas, desgarrándolas, reventándolas como si fuesen auténticos objetos hinchables, para desparramar por doquier un nauseabundo pus, un hedor viscoso y repulsivo como jamás había visto antes.

Debajo de aquellas deformidades, ni siquiera había ya esqueleto humano, sino una especie de espina o médula gelatinosa, que se desplomó junto con los monstruos. Ya en el suelo de la cámara, nuevas descargas calcinantes barrieron aquellos míseros, horrendos despojos, convirtiéndolos en simples pavesas informes, que contemplé

alucinado.

—Dios mío... —jadeé—. Es..., es como un castigo del cielo...

Nadie me oyó, demasiado preocupado con aquel horror que se nos venía encima, como una maldición bíblica sin precedentes. Los propios tiradores, tras abatir a las cinco cosas, aparecían pálidos, demudados, incrédulos ante el espectáculo presenciado.

—Ya ha visto, Knorr... —jadeó Saxon, el más sereno de todos—. Es lo más espantoso que se pudo imaginar, ¿no es cierto?

Asentí, todavía bajo los efectos de aquella tremenda impresión. Pero mi espíritu profesional pareció sobreponerse ahora a cualquier otra idea. Les sorprendió a ellos, como me sorprendió a mí mismo, mi serenidad para manifestar en tales momentos:

—Por favor, recojamos muestras de esos cuerpos... y vamos con ellas a un laboratorio bien equipado. Faciliten algunas al profesor Elstrom... Tenemos que trabajar en ello, sin pérdida de tiempo...

Me contemplaron, admirados por mi entereza. Quizá también esperanzados por mi decisión, aunque yo no tenía muchas esperanzas, ésta es la verdad. Y se hizo lo que yo había dicho.

* * *

Casi amanecía cuando llegaba al hotel, fatigado y somnoliento.

Dos patrullas me detuvieron en el trayecto, pero un documento especial, firmado por el mayor Saxon y por el juez Novak, me abrió el paso mágicamente. Incluso me saludaron, respetuosos, como si de repente me hubiera convertido en un alto personaje dentro de Ciudad Omega.

Yo no me sentí por ello más satisfecho o envanecido. Conocía la cruda realidad, y me gustaba tener los pies en la tierra. Seguía siendo un condenado a muerte, viviendo falsamente en una cruel utopía momentánea. Sólo las circunstancias me habían hecho repentinamente útil a los altos personajes de la ciudad. Unas circunstancias que, por desgracia, aún estaba muy lejos de controlar.

Mis pruebas en el laboratorio resultaron totalmente negativas esa noche. No había esperado otra cosa, después de todo. Supe que Elstrom tampoco tuvo más éxito que yo..., si es que realmente pretendía tenerlo. La idea de que la epidemia fantástica pudiera ser un arma química suya, me obsesionaba. Pero si era así, una vez más la criatura iba a devorar a su creador. Y a todos nosotros.

Antes de abandonar el laboratorio, supe que había cuatro cadáveres más, camino del depósito. Otras cuatro víctimas del supuesto virus capaz de posesionarse de un cuerpo humano. El Mal de Elstrom avanzaba implacablemente sobre nosotros... ¿Era, realmente, como su nombre decía, una enfermedad *creada* por él? Me daba miedo esa posibilidad. Si fuese así, ¿estaba negándose a dominarla, o es que había escapado ya a su control?

Mi mente, además de cansada y horrorizada, era un mar de confusiones y de dudas. Por si fuera poco, cuando entré en el hotel y subí a mi habitación, me esperaba una nueva sorpresa, aunque esta vez mucho más grata.

—Buenas noches, Gary Knorr —me saludó la voz de mujer, al pisar mi habitación.

Me pareció conocida la voz y, rápidamente, cerré la puerta, encarándome con la persona que allí me esperaba. De momento, sufrí otra confusión.

Su voz me había parecido la de ella, Sharon. Pero no era así. Aquella muchacha de pelo oscuro, corto, ojos azules y curvas exageradas, no podía ser Sharon. Tenía la nariz más achatada y ancha, y las mandíbulas muy diferentes. Pero su voz...

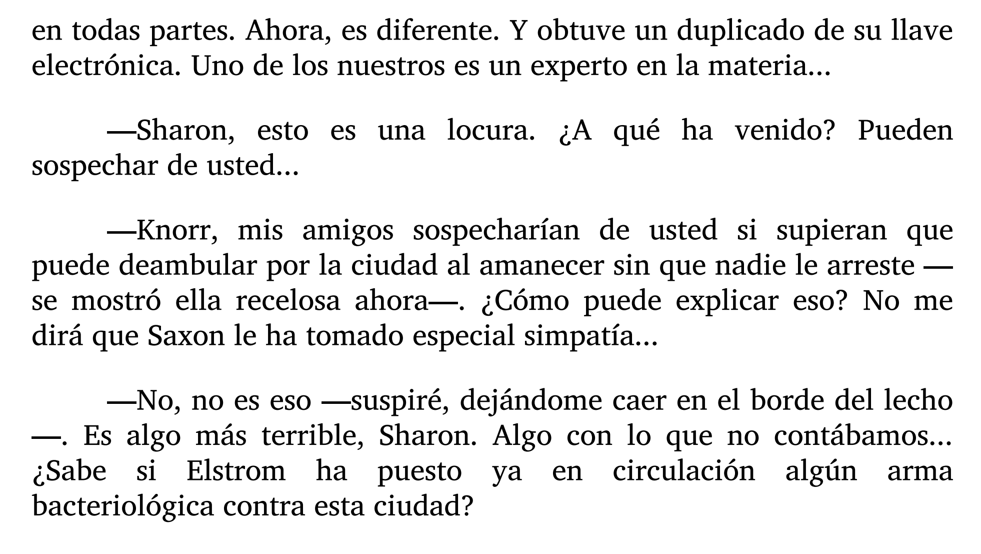
—¿Qué significa esto? —pregunté agriamente—. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Oh, Knorr, siempre pregunta usted lo mismo —se quejó ella. Luego, se echó a reír de buena gana—. Vaya, veo que pude engañarle.

Me quedé de una pieza. Y me llamé tonto un centenar de veces.

—¡Sharon! —exclamé—. De modo que era usted...

—Con mi pelo sacrificado —se quejó—. Con postizos en la nariz y en la boca, con lentillas azules y otros postizos en mi cuerpo... Estoy horrible, lo sé. Pero puedo utilizar la tarjeta de una amiga que ha muerto, y deambular por ahí sin ser reconocida. Mi descripción estaba



en todas partes. Ahora, es diferente. Y obtuve un duplicado de su llave electrónica. Uno de los nuestros es un experto en la materia...

—Sharon, esto es una locura. ¿A qué ha venido? Pueden sospechar de usted...

—Knorr, mis amigos sospecharían de usted si supieran que puede deambular por la ciudad al amanecer sin que nadie le arreste —se mostró ella recelosa ahora—. ¿Cómo puede explicar eso? No me dirá que Saxon le ha tomado especial simpatía...

—No, no es eso —suspiré, dejándome caer en el borde del lecho —. Es algo más terrible, Sharon. Algo con lo que no contábamos... ¿Sabe si Elstrom ha puesto ya en circulación algún arma bacteriológica contra esta ciudad?

—Cielos, no —se alarmó ella—. ¿Cómo iba a hacerlo? Aún estamos todos aquí...

—Pues algo sucede en Ciudad Omega. Algo infernal. Lo están ocultando, pero ha muerto ya mucha gente. Demasiada. Siempre iguales síntomas. Fiebre muy alta, delirio... y un estado de coma que determina una muerte rápida.

—¡Knorr! —gimió Sharon, mirándome con ojos dilatados—. ¡Así murió mi amiga, a la que quité la tarjeta de residencia!

—Cielos, ¿dónde está el cadáver? ¿Lo han ido a recoger los sanitarios?

—No... —balbuceó Sharon—. Si fuese así, sabrían que otra persona tiene su tarjeta... El cadáver... lo ocultó Kildern esta misma noche. .

—Kildern... —resoplé—. Dios quiera que ese virus no sea contagioso..., que sí creo que lo es. En tal caso, Kildern está perdido... Sharon, por el amor de Dios, esa tarjeta... ¿la tomaste tú de su cadáver? ¿Tocaste a tu amiga para algo, la viste morir...?

—No, yo... Cuando llegué agonizaba. Su hermano Gus es otro ciudadano de esta maldita urbe... El me dio la tarjeta... Y llamó a Kildern, para que sepultara el cuerpo, sin informar a las autoridades... ¿Qué ocurre, Knorr? —me preguntó, angustiada, sin fijarse siquiera en que la trataba yo ahora con más familiaridad.

—Esa tarjeta, Sharon... No la toques. No la saques de tu bolsillo

ahora. Vamos a intentar desinfectarla... Deshazte de tus ropas inmediatamente.

—¡No tengo otras! —se quejó ella.

—Es igual. La prenda donde lleves la tarjeta, hay que quemarla... Sharon, esto es grave, muy grave. Conviene avisar a Kildern, a Gus, a todos... Que se desinfecten como sea. Que se aíslen, que no mantengan contacto con nadie... Algo espantoso se cierne sobre nosotros, y no sé lo que es, pero sí que es algo atroz, increíblemente mortal...

—Me asustas, Gary... —se familiarizó ella .también conmigo, quizá movida por el repentino terror.

—Es mejor eso que verte convertida en..., en lo que he visto yo esta noche —gemí—. Vamos, procedamos a ello. El plástico de la tarjeta necesita poca esterilización. Pero tú sí la. precisas. ¡Desnúdate!

—¡Gary! —se escandalizó ella, abriendo mucho los ojos.

—He dicho que te desnudes —saqué de mis ropas un envase de esterilizador potentísimo, en spray, que había obtenido del laboratorio, para casos semejantes—. Si supieras de lo que se trata, lo harías sin una sola queja. Te prometo no mirar más que lo justo. ., para no dejar una pulgada de tu piel sin rociar. Es inevitable...

Sharon pareció entenderlo. Se desnudó. La rocié. Pulgada a pulgada. Primero me miraba con pudor. Luego, incluso se echó a reír ante mi turbación. Pero logré esterilizar su epidermis totalmente. Y su tarjeta de residencia. Y sus ropas, con la excepción de una chaqueta que fue quemada y lanzada al vertedero de desperdicios.

Al final, mientras se vestía, cubriendo aquel cuerpo suyo, turgente y sensual, le expliqué crudamente la verdad de los hechos.

Acababa de vestirse cuando terminé mi relato. Entonces se desmayo.

CAPÍTULO VIII

El sonido de las ambulancias me despertó.

Había dormido poco. Muy poco. Pero no podía permitirme grandes lujos ahora. Miré en derredor. Sharon se había ausentado ya, bajo su nueva y falsa identidad. Sin duda iba a avisar a todos de lo que sucedía.

Miré al exterior. En Ciudad Omega, todo parecía normal. Como si nada sucediera. El terror se mantenía bajo su epidermis. Secreto, callado. Como todo en aquel lugar. Provocar el pánico colectivo era lo último que pretenderían ellos.

Una vez aseado, bajé a la calle y tomé un taxi, dirigiéndome a los laboratorios sin perder tiempo. Saxon tampoco dormía mucho. Ya estaba allí. Miró su reloj al verme llegar

—Le esperaba más tarde —dijo—. No ha descansado mucho.

—Usted tampoco —respondí.

—Es diferente. La responsabilidad es suya. Está todo en sus manos.

—¿Todo?

—Elstrom asegura que es algo más que un virus. Es lo último que nos ha informado desde su propio laboratorio.

—*¿Algo más* que un virus? —indagué, ceñudo—. ¿Qué quiso decir con eso?

—No lo sé. No se lo pregunté, ni parecía dispuesto a decirlo. Pero dio a entender que sí se trata de un virus, si bien de una naturaleza insólita, algo nuevo y terrorífico.

—Eso no hace falta que nos lo diga él —rezongué, malhumorado —. Ya lo advertí anoche, en el depósito... ¿Más novedades, mayor?

—Sí. Tuvieron que ser sacrificados los cuatro muertos de esta madrugada. Ahora han caído tres más. Se les destruirá apenas lleguen al depósito, para evitar la..., la mutación.

—La mutación... —reflexioné sobre esa palabra—. Sí, eso puede ser...

—¿Qué?

—Un virus *mutante*. Cuando encuentra una materia viva, se desarrolla y altera. Pero, naturalmente, mata a la materia de la que se apodera. Por eso muere la gente. Luego... una vez desarrollado, necesita nutrirse vorazmente de algo. De la propia materia que ha tomado, pongamos por ejemplo. Y devora seres humanos, para *crecer más*. Es sólo una teoría, pero ¿se da cuenta de lo que podría llegar a ser uno de esos monstruos, si permitiéramos que siguiera devorando a otros... y creciera él?

—Cielos, no lo mencione —cerró sus ojos con un resoplido—. Es mejor no imaginarlo... ¿Necesita algo para su trabajo, Knorr?

—Sí, por favor —asentí—. En cuanto haya otro muerto...

—¿Qué? ¿Quiere el cuerpo?

—No, no —rechacé, estremeciéndome—. Sería jugar con fuego, mayor. Me conformo con..., con muestras de sus tejidos. Partes de piel, algo de sangre, unos jirones de carne... Eso bastará. Y díganle a Elstrom si desea algo parecido. Puede serle muy útil al profesor.

—Está bien. Si no desea nada más...

—No, nada —suspiré. Luego, como si evocara algo imposible, aventuré—: Una vez tuve un buen amigo, un gran experto en salubridad... Un analista notable. Pero murió. Se llamaba Shatt. Elmer Shatt... Imagino que a él sí le ajusticiaron... De modo que si no existe, no puedo contar con él. Pero hubiera sido tan útil ahora...

—¿Elmer Shatt, ha dicho? —me miró Saxon con frío recelo. Al no captar en mi rostro más que una ingenua expresión indiferente, añadió de pronto—: Está bien. Lo tendrá.

—¿Qué? —exclamé, fingiendo un inmenso asombro—. Pero...

¿qué dice? ¡Está muerto!

—No, Korr, no lo está —dijo yendo hacia la salida con paso firme—. Como usted, él fue desterrado a esta ciudad... Le buscaré. Y le haré venir lo antes posible, no lo dude.

Al quedarme solo, sonreí imaginando el estupor de mi viejo amigo, cuando el mayor Saxon en persona lo llevara hasta reunirlo conmigo.

* * *

Era mediodía.

Una comida frugal, con cerveza, interrumpió nuestro trabajo. Saxon insistió. Debíamos comer y descansar un poco. Nos querían vivos aunque eficientes y trabajadores, no muertos por la fatiga.

—Cielos, Gary —murmuró Shatt, mirándome tras apurar su almuerzo—. Es increíble..

—¿El qué?

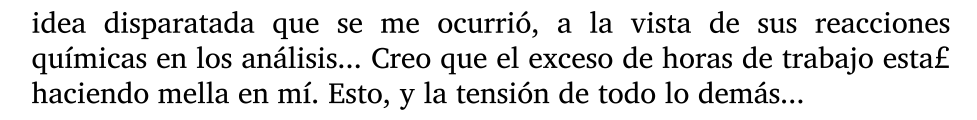
—Te has ganado su confianza. Creen en ti. Incluso parecen esperanzados en que les resuelvas el problema...

—Siempre hay que tener una esperanza, Shatt. Tú sabes lo difícil que es esto..

—Y tan difícil —resopló—. Esos tejidos humanos... Están saturados de algo, de un horrible virus... Pero se resiste a ser catalogado, aislado... Muere en cuanto se le somete a pruebas químicas, tú lo has visto. No se define, no se delata a sí mismo... ¿Sabes una cosa? He llegado a pensar que es *inteligente.* Y cada virus de esos millones y millones que se apoderan del muerto . *se suicida* antes de ser descubierto. Es una tontería, claro. Pero lo pensé.

—Virus inteligentes... —sacudí la cabeza, riendo con escepticismo—. Cielos, qué locura... Alguna vez oí hablar de ello, lo confieso. Pero no recuerdo dónde ni a quién...

—Por supuesto, no pienses en ello. Ya te dije que era una simple


idea disparatada que se me ocurrió, a la vista de sus reacciones químicas en los análisis… Creo que el exceso de horas de trabajo esta£ haciendo mella en mí. Esto, y la tensión de todo lo demás…

—¿Sigues pensando en esa fuga? —pregunté.

—Claro —me miró, muy fijo—. ¿Tú no, Gary?

—Sí, pero no en este momento. No podemos dejar aquí a tantas personas, sometidas al riesgo de morir víctimas de esta epidemia horrible…

—Gary, siento igual que tú respecto a los demás, pero si no nos evadimos… estamos en la lista de los que serán ajusticiados cualquier día. Tú le sabes.

—Lo sé. Pero mientras dure esta lucha, no nos ejecutarán. Nos necesitan, Shatt. A ti, a mí, al profesor Elstrom…

—Hay otros que confían en mí para la fuga, Gary. No puedo fallarles ahora. Ni siquiera por esta enfermedad. Si quieres quedarte tú, no te obligaré a otra decisión, pero creo que será una locura. Ellos te harán la vida más fácil, pero sólo mientras te dure el plazo que te concedan. No te perdonarán, tenlo por seguro.

—Ahora no pensaba en eso, Shatt. Estoy demasiado fatigado, demasiado aturdido para pensar siquiera en mí mismo —suspiré, moviendo la cabeza—. Shatt, ¿estás seguro de que todo esto no sea… una de las armas bacteriológicas de que me hablaste?

—No, Gary. Seguro que no. Elstrom no ha utilizado por su cuenta ninguna de ellas todavía. Las tiene ocultas. Y ninguna creo que sea parecida a esto que investigamos…

—Sin embargo, ellos le han dado el título de Mal de Elstrom… Resulta curioso que se llame así, sin tener él nada que ver en ello… A veces, la vida tiene estas ironías, Shatt.. Bien, volvamos a la tarea —agucé el oído. Una ambulancia hacía sonar su sirena en alguna parte de la .ciudad. Nos miramos mi amigo y yo, demudados—. ¿Lo ves? No se puede perder tiempo…

—Eso significa que no vas a intentar huir con nosotros, Gary —musitó.

—No sé aún, Shatt. No te aseguro nada. Cuando esto acabe…

—No hay tiempo —negó él, rotundo—. Lo haremos mañana por la noche. Está decidido.

Apreté los labios. Le miré fijamente. Sin responderle, iba a reanudar la tarea en el laboratorio, cuando sonó el comunicador. Lo conecté. Vi el rostro del mayor Saxon en la pantalla del comunicador. Parecía ensombrecido por algo.

—¿Alguna novedad, mayor? —pregunté.

—Deberá confiar sólo en sí mismo, Knorr —me dijo— Y en su amigo Shatt...

—¿Qué significa eso?

—El profesor Elstrom... —dijo—. Acaba de morir. Víctima de... del virus maldito. Vamos a destruir ahora su cadáver... ¿Desea algo?

—No —susurré, angustiado, sintiendo un repentino frío en mi espalda—. Si acaso, traiga sus notas, si es que dejó algunas de su trabajo en este asunto... Es todo.

—Bien, Knorr —se borró su rostro de la pantalla y su voz del comunicador.

Me quedé mirando a Shatt. Estaba lívido tras oír la noticia.

—Ya sabes... —murmuré—, ¿Qué piensas hacer ahora?

—Es terrible —jadeó. Se pasó una mano por la frente—. Pero no hay otra opción. Lo haremos, pese a todo.

—¿Sin armas? —dude—. Las poseía el profesor, ¿no?

—Yo tengo una que me dejó en depósito —dijo Shatt agriamente—. La utilizaré. No voy a cambiar de planes, Gary. Ahora, menos que nunca. No quiero que ese virus me destruya antes que los verdugos del Gobierno. ¿Y tú? ¿Qué decides?

—Nada aún, Shatt —sonreí tristemente—. De momento. . me quedo.

—¿Estás decidido?

—Sí. Estoy decidido...

* * *

Era ya muy avanzada la noche cuando terminamos la tarea. Resultado: negativo. Igual que la noche antes. Saxon me había llevado los apuntes de Elstrom y muestras de su cadáver. No logramos nada. Como decía Shatt, los virus parecían morir al arrancar fragmentos de tejidos humanos enfermos. ¿Suicidio? Tal vez. Era fantástico pensar algo así. Pero empezaba a sentir mis propias dudas…

Ni siquiera había tenido tiempo de revisar los apuntes del profesor. Al despedirme de Shatt, su apretón de manos fue más fuerte. Me miró a los ojos.

—Mañana por la tarde me fingiré enfermo, Gary —dijo—. Ese será el pretexto para ausentarme. Todo estará preparado. Aún estás a tiempo, recuerda…

—No —negué—. Hasta mañana, Shatt, amigo mío. Y suerte, cuando llegue el momento. Por si mañana no puedo deseártela…

Se fue, algo cabizbajo. Le dolía dejarme, lo sabía. Pero era mejor así. Caminé hacia el hotel. Pensaba dormir apenas tocase el lecho, pero opté por echar una ojeada a los apuntes de Elstrom, antes de cerrar mis ojos vencido por el sueño y la fatiga.

Afuera, los sonidos de las ambulancias se iban haciendo más frecuentes. La epidemia aumentaba. Se extendía. Gripe, seguían diciendo oficialmente. Yo sabía lo que era. Y sentía miedo. Mucho miedo.

Miedo por los demás. Miedo por mí mismo. Por un futuro que presentía amenazador y terrible, si la plaga seguía extendiéndose Cuando no nos fuera posible combatir, cuando hubiera más muertos que policías dispuestos a disolver sus cuerpos contaminados… ¿qué iba a ser de nosotros, suponiendo que la terrible enfermedad no hubiera hecho presa en nosotros?

Mientras pugnaba por ahuyentar de mi mente esos siniestros pensamientos, iba repasando, de un modo casi mecánico, aquellos apuntes hechos por el profesor Elstrom en su estudio dpi virus que había terminado por contaminarle a él también. El temor de que el contacto con esos tejidos infectados pudiera transmitir la epidemia al investigador, ya había pasado por mi mente, antes incluso de que

Elstrom muriese tras dar su nombre a la dolencia fantástica que nos azotaba.

Ahora, yo era ese investigador. Shatt dejaría de serlo este mismo día que ahora, en aquella madrugada, se iniciaba. Si tenía éxito, porque lograría evadirse de Ciudad Omega. Si no lo tenía… porque sería capturado en el empeño. Y no habría perdón para él. Allí nunca lo había, me habían dicho. Y en las circunstancias actuales, menos todavía. Lo considerarían una cobarde deserción.

En cierto modo, no les faltaría razón. Era una deserción en toda regla. Pero había que comprender a Shatt. Era humano su empeño. No quería ser ejecutado secretamente en una ciudad destinada sólo a alojar convictos que esperaban la prisión de por vida… o la muerte mediante algún nuevo procedimiento indoloro. Pero que, al fin y al cabo, también era morir.

De repente, dejé de pensar en todo eso. Unas frases de las notas de Elstrom me habían sobresaltado. Las leí de nuevo, perdidas entre cifras, citas inconclusas y borrones:

«He llegado a la conclusión provisional de que podría haber un agente portador… Alguien que fue el primero en entrar en contacto con el virus en estado de aislamiento… y fue contaminado entonces. Por algún raro fenómeno biológico, pudo soportar la presencia del virus en su cuerpo sin enfermedad, sin muerte…, pero lo lleva consigo y lo transmite… Es sólo una teoría. Voy a tratar de comprobarla. Porque ahora recuerdo cierto terrible virus que se dijo había sido destruido y…»

Ahí acababan las frases escritas por Elstrom. Fruncí el ceño, esforcé mi memoria, tratando de recordar yo también algo que la cita del profesor había traído de modo fugaz a mi mente. No lo localicé entre mis recuerdos. Desalentado, dejé los apuntes a un lado. Me quedé mirando al vacío, mientras fumaba un cigarrillo nerviosamente.

—Un agente portador… —repetí—. Sí, eso es factible… Puede existir. Pero ¿quién sería? ¿Cómo se le inoculo el virus maldito? ¿Cómo puede soportar su naturaleza tan terrible huésped en su sangre, en su piel, sin que se desencadene el proceso letal?

Sacudí la cabeza. Era demasiado improbable, aunque lo dijera Elstrom. Pero el profesor podía haber sido un homicida involuntario, pero no un necio ni un soñador. Siempre sabía lo que se decía.

Recordé que habíamos hablado de Elstrom muchas veces, allá en

el Centro de Sanidad, cuando Shatt y yo trabajábamos en él y comentábamos asuntos de investigación científica. Eso era antes de que a él le acusaran de la muerte de dos compañeros, estando embriagado, por lo que se le condenó a la pena capital, pese a jurar él mil veces —y yo creerle ciegamente— que era inocente de todo crimen.

Más tarde, me había tocado a mí una fatalidad similar : un robo de narcóticos y drogas, el asesinato del hombre que se había casado con mi ex prometida... Y la inculpación por robo y homicidio contra mí. Había llegado a pensar que pertenecer a aquel Centro de Sanidad era como estar maldito, o poco menos. Estaba seguro de que al marido de Hazel le había eliminado un socio suyo en asuntos financieros poco claros, pero cuando intentaba investigar en ese terreno, fui detenido y acusado. Desde la penitenciaría, no era posible investigar nada.

Pero todo eso no contaba ahora. Eran otras cuestiones del Centro de Sanidad las que me esforzaba en evocar, hondamente preocupado. Shatt y yo hablábamos de Elstrom por entonces. Era un investigador notable, aunque concedía escaso valor al ser humano. Para él, todos podían ser cobayas. Anteponía la ciencia al individuo. Era despiadado, pero muy inteligente, muy brillante.

Ese hombre ahora estaba muerto, vencido por un virus desconocido hasta entonces. Sin embargo, algo había dejado entre sus apuntes. Un leve resquicio para llegar a una posible solución, a una clave. Mencionaba un agente portador, no infectado en apariencia, pero capaz de propagar por sí solo la epidemia aterradora, digna de una pesadilla. Algo que dejaba en mantillas a las antiguas plagas medievales.

También mencionaba algo más: un virus del que se dijo que había sido destruido. Un virus con el que el portador tuvo contacto por alguna razón... Claro que, como él mismo apuntaba allí, era sólo una teoría. Pero valía la pena tenerla en cuenta.

Era eso lo que bullía en mi mente por alguna razón: el virus aislado, temible Un virus destruido por su poder mortal. En algún momento, en alguna parte, había oído yo hablar de eso... Dios mío, ¿dónde, cuándo...?

Era inútil intentar recordarlo. Se resistía a ello. Moví la cabeza.

«Tal vez es el cansancio —me dije, exhausto, entornando los irritados ojos, dentro de los cuales me parecía tener arenilla en estos

momentos—. Debo dormir, recuperar fuerzas para mañana. Las necesitaré. Y más, cuando Shatt me deje solo. Solo con este horror viviente…»

Pensando en todo ello, me dormí. Y mi sueño fue profundo y reparador, como no podía por menos de serlo tras aquellas agotadoras horas de esfuerzo, de fijeza, de tensión.

Por la mañana, al despertar, tuve un sobresalto, aunque ya había empezado a habituarme a su presencia en mi cuarto.

Sharon se inclinaba sobre mí, con aquella nueva apariencia suya, para no ser reconocida por los agentes del mayor Saxon. Su gesto no era tan dulce ni malicioso como otras veces.

—Gracias a Dios que despiertas, Gary —susurró, casi encima de mi rostro—. Jeff Kildern ha muerto. El mismo virus, Gary…

Me incorporé vivamente. Lo temía, desde que tuvo contacto con el hermano de la chica cuya tarjeta de residencia llevaba ahora Sharon. La miré a ella, preocupado.

—También el profesor Elstrom murió ayer —dije gravemente. Y al asentir ella, comprendí que ya lo sabía. La, tomé por ambos brazos —. Tienes que cuidarte. Sería terrible que te contagiases. No existe remedio. Todavía no hemos dado siquiera con la naturaleza del virus, de modo que no sabemos cómo combatirlo…

—Por el momento, parece que me encuentro bien —suspiró ella, mirándome con cierto optimismo—. Gary, ¿qué es lo que está sucediendo aquí?

—No lo sé —sacudí la cabeza, sin dejar de contemplarla—. Supongo que esta noche, todo esto dejará de tener importancia para ti. Te vas con Shatt y los demás, ¿no es cierto?

—No lo sé, Gary. No lo sé…

—Pero… ¿qué dices? Te buscan aquí, sabes cuál sería tu destino… No puedes quedarte, es una completa locura.

—Tú te quedas, ¿no es cierto?

—Bueno, es diferente. Tengo que trabajar en esto. Debo encontrar una solución, si es que existe, antes de que todo quede exterminado por esa plaga del diablo…

—Si tú te quedas..., ¿por qué no puedo quedarme yo?

—Es diferente, Sharon. Yo..., yo les soy necesario. Incluso puede que salve la vida. Pero no puedo estar seguro de que, si hablase por ti..., ellos cedieran en algo. Son muy rígidos, ya lo sabes. Especialmente, el juez Novak. No cedería.

—Gary, no sigas. Creo que estoy decidida a quedarme. Es una prueba que quiero hacer. Vale la pena intentarlo. Temo..., temo que la fuga no resulte bien, ahora que Elstrom no existe ya, y no tendremos sus medios de combate. Existía un gas que podía sernos muy útil. Al morir él, todo se ha perdido. No sabemos dónde ocultaba sus ingenios químicos.

—Shatt ha dicho que posee uno... Puede ser suficiente. .

—Shatt ha mentido —cortó Sharon, mirándome con energía—. No tiene nada de cuanto Elstrom había creado. El profesor no se lo hubiera confiado jamás a nadie.

Me dispuse a seguir hablando para persuadirla de que era mejor, en su caso, intentar la evasión de la ciudad maldita. Pero en ese momento, sonó el llamador automático de mi habitación. Emitía la llamada de urgencia. Lo conecté. Un rostro agitado, en el vestíbulo, asomó en la pequeña pantalla del visor.

—¿Qué desea? —pregunté al empleado del hotel, sorprendido.

—Señor Knorr, acabamos de llamar al hospital y a las fuerzas de seguridad —me dijeron con voz ronca—. Ellos nos han informado de que podíamos recurrir a usted con urgencia.

—Bien, bien. ¿Por qué motivo? —me inquieté.

—Es aquí abajo, en el vestíbulo del hotel... Una víctima de una rara enfermedad... Se trata de Elke, la chica del puesto de cigarrillos y revistas... Ha muerto ahora mismo... y le está ocurriendo algo muy raro...

Miré despavorido a la pantalla. Luego, a Sharon, que había palidecido. Cerré el aparato de comunicación, y corrí hacia el exterior. Sharon me siguió.

CAPÍTULO IX

Era un espectáculo dantesco. Y se producía allí, ante mis propios ojos.

Elke, la atractiva y exuberante Elke, era un cadáver que se amorataba rápidamente, sobre todo en su rostro. El cráneo se le hinchaba bajo los rojos cabellos, y los ojos se iban desorbitando, muy abiertos y vidriosos. El proceso de desarrollo viral, era infinitamente más rápido que en otros casos. Eso sólo tenía una escalofriante explicación: el virus progresaba en sus ataques. Era cada vez más fuerte.

—Es terrible la virulencia que ofrece ya —murmuré, sujetando con firmeza el brazo de Sharon con mano crispada. Tragué saliva, mientras ella, incapaz de soportar la visión de aquel horror en una muchacha a quien conocía, y que pertenecía al grupo de los que pretendían evadirse, giraba la cabeza, resbalando las lágrimas por su rostro.

—Pobre Elke, amiga mía... —la oí susurrar—. Pensaba huir esta noche con ellos... Estaba muy ilusionada, me lo dijo Shatt...

Desde la puerta del hotel llegaban ya rumor de pasos. Una escuadra de policías, provistos de armas electrónicas, aparecía ya en el umbral. El propio mayor Saxon los capitaneaba. Miré a Sharon,

angustiado. Si él llegaba a reconocerla, pese a su disfraz…

Pero ahora Saxon, como yo mismo, sólo tenía ojos para aquel horror viviente que se desarrollaba ante nosotros, utilizando como vehículo para su virulento desarrollo un cuerpo humano carente de vida.

Hizo que las armas apuntaran hacia la infortunada Elke. Dio una seca orden, y comenzaron a disparar. Un momento antes, un empleado del hospital arrancaba unas tiras de piel y extraía unas gotas de sangre de aquel cuerpo, guardándolo todo en frascos herméticos.

—Lleve eso a Sanidad —dijo Saxon bruscamente al empleado del hospital—. Luego, se lo pasan al laboratorio del señor Knorr…

Era eso.

Casi ni me fijé en la destrucción total y necesaria del cuerpo de Elke, que ya ni siquiera parecía ella. Estaba pensando, pensando vertiginosamente, asombrado, como deslumbrado por lo que una sencilla palabra del mayor Saxon, dicha en un momento de violenta tensión, había provocado en mi cerebro: una luz cegadora brillaba ahora en él, devolviéndome los recuerdos, la memoria, sobre algo que los apuntes de Elstrom, la noche antes, había estado a punto de traer al momento presente, desde alguno del pasado.

Sí, era eso, ahora lo sabía. Sanidad, los frascos herméticos…

El Centro de Sanidad. Donde yo trabajaba. *Allí había estado* el virus que era preciso destruir.

Un virus *de otros mundos.* Un cuerpo desconocido, traído del espacio exterior en una cápsula espacial.

Localizado y aislado por nuestros servicios de Sanidad, se informó de ello al Gobierno, y se resolvió destruirlo inmediatamente, sin más demoras. La conclusión de nuestro equipo de expertos analistas había sido rotunda: el virus era algo peligrosísimo, un microorganismo que podía ser *algo más* que un simple virus.

De repente, evoqué otras terribles palabras de Shatt, allá en el laboratorio:

«—No sé… A veces parece que este virus posea *inteligencia…* y *se suicide,* para no revelarnos su secreto…»

—Dios mío, creo que lo tengo... —susurré roncamente.

—¿Eh? ¿Qué dice? —Saxon me miró vivamente. Luego, sus ojos se clavaron en Sharon—. ¿Y quién es ella? No recuerdo haberla visto antes...

—Mayor, dejemos eso ahora —le apremié—. ¡Creo *saber* qué clase de virus es el que combatimos!

—¿De veras, Knorr? —su modo de contemplarme era realmente de estupor, de incredulidad. Vino hacia mí, con paso enérgico, castrense. Se detuvo ante nosotros—. ¿Por qué dice eso? ¿Qué es lo que ha averiguado?

—No..., no he averiguado nada, señor. Fue Elstrom... Aun después de muerto, nos dio la Clave. Creo que con justicia podremos llamarle en el futuro el *Mal de Elstrom.* Merecerá ese recuerdo, por haber salvado quizá a la humanidad toda de un azote que se ha iniciado precisamente aquí, en Ciudad Omega...

—Temo no entenderle, Knorr. Si lo que está pretendiendo con toda esa verborrea, es hacerme olvidar que esa joven que le acompaña deberá mostrarme su tarjeta de residencia e identificarse sin lugar a dudas...

—¡Mayor Saxon! —le atajé con una energía, con una virulencia de la que yo mismo no me creía capaz, y menos ante un hombre como aquél—. Le ruego que escuche bien. No hay nada que ocultar. Esta mujer es Sharon, la que ustedes persiguen, y yo voy a pedirle que no le hagan daño alguno a ella. Es mi única condición, a cambio de revelarle la verdad sobre ese virus.

—¿Qué es lo que dice? Ella es culpable de un intento de evasión, y eso está penado con...

—Mayor, no le voy a pedir nada para mí, aunque sé que me espera la ejecución en cualquier momento —hablé bruscamente—. Lo que quiero decirle es que, a cambio de mi ayuda, de mi esforzada colaboración, de todo cuanto he hecho, y de cuanto haré para ayudarles a salvar esta situación, sólo pido una cosa: la inmunidad *total* para ella. Tengo su palabra y la del Cuerpo Legislativo de Ciudad Omega, de que se respetaría un pacto conmigo. Bien, el término único de ese pacto, por mi parte, ya lo conoce usted, mayor: Sharon debe ser perdonada de su delito. Debe vivir, aunque sea recluida aquí, si es que no existe ninguna posibilidad de liberación. Eso es todo, mayor.

Saxon me miró asombrado. Meneó la cabeza con aturdimiento.

—¿Sabe lo que significa la letra «D» de su tarjeta de residencia? —murmuró.

—Ya le dije que sí. Sé lo que me espera cualquier día, en esta dulce prisión.

—¿Y aun así... sólo pide a cambio de su trabajo... el perdón para esa mujer?

—Sí, mayor.

—Bien... —vaciló. Luego, se cuadró, saludó militarmente—, Tiene mi palabra de honor, como hombre y como soldado. Esta joven queda libre de cargos ahora mismo. Lo único que lamento es no poderla sacar de aquí en libertad. Nadie destinado a Ciudad Omega puede salir de ella. Es la ley. Pero no tiene nada que temer ella en el futuro.

—Gracias, mayor. Sé que sabrá cumplir su palabra. Ahora... —le tomé por un brazo, con gesto apremiante—. Ahora, vamos pronto al laboratorio... Usted, solicite por el medio más urgente posible, al propio Gobierno de forma directa, que le remitan todo lo relativo a las operaciones de investigación del virus Z-1.003, del Centro de Sanidad Nacional. Recuerde; *muy* urgente.

—¿El Centro de Sanidad? ¿Qué tiene eso que ver con Ciudad Omega?

—Es muy simple, mayor. Ese virus estuvo allí. Llegado de otros mundos... y luego un agente portador lo trajo hasta aquí. Ahora, el virus se ha expandido por toda la ciudad. El agente portador sigue transmitiendo el mal. Pero la única forma de aislarlo y de buscar un medio de combate, está en ese *dossier* del virus Z-1.003. Fue el nombre que aplicamos allí, en el Centro, al microorganismo que llegó del espacio...

* * *

—Llegó del espacio...

—Sí, mayor. En una nave espacial de regreso a la Tierra. Lo detectamos cuando ya había hecho presa en dos de los astronautas. Entonces venía en un estado casi de hibernación, y fue como un sarampión que se cortó con rapidez, apenas descubierto el origen viral, logrando extraer de la nave ese virus, aislarlo, y tras estudiar su comportamiento, destruirlo por orden directa del Gobierno.

—¿Tan peligroso fue lo que descubrieron?

—Evidentemente, mayor. Pero tenga en cuenta que yo no tenía relación con ese departamento, y no tuve parte alguna en la investigación y decisión posterior sobre el virus. Sin embargo, como todos los allí empleados, fui informado del hecho. Un hecho que, por cierto, se ocultó a los medios de información e incluso a muchos centros oficiales del país.

—Y el virus..., ¿se destruyó?

—Se destruyó, sí. Tengo noticias concretas de que así se hizo, supervisada la operación por técnicos de virología y salubridad del Gobierno.

—Entonces..., ¿cómo ha podido reaparecer aquí?

—El agente portador, mayor Saxon.

—¿Quién?

—El agente portador, ¿no comprende? —suspiré—. Es lo que me temía... Alguien que tuvo un contacto directo entonces, con ese virus, ignoró sus consecuencias. Pasó el tiempo, el virus en hibernación se fue despertando, inoculado en un ser viviente de la especie humana... y, sin afectar a su primer portador directamente, pasó a servirse de éste para contagiar a los demás.

—Entonces es preciso, absolutamente preciso, localizar a ese portador, saber quién es... y aislarle, tratar de extirpar de él la dolencia...

—Sí, es lo que he pensado yo, mayor —asentí con grave expresión.

En esos momentos, llamaron a la puerta del laboratorio. El mayor dio orden de entrar. El jefe de policía Konrad, acompañado de Lou Novak, el antiguo juez, apareció portando una serie de telefotos que puso ante el mayor.

—El Gobierno decidió que era más rápido fotografiar las páginas del *dossier* virus Z-1.003, y enviarlo por telefoto hasta nuestra estación receptora —explicó Konrad—. Así, toda la operación ha llevado solamente unos minutos, y se ha hecho por el canal de alto secreto.

—Perfecto. Vamos a ver ahora qué saca usted en conclusión de esas páginas —Saxon las tendió en mi dirección, contemplándome fijamente—. ¿Cree que servirán de algo?

—Estoy totalmente seguro —afirmé—. Tengo noticias de que en estas páginas se expone la naturaleza exacta del virus, el anticuerpo que puede combatirlo, el modo de elaborarlo, y los riesgos y peligros que entrañaría realmente el mantener vivo ese virus en cualquier lugar.

—Entonces, adelante —suspiró Saxon—. Pero supongo que nadie va a decirnos quién es el agente portador, Knorr...

—No hace falta, mayor. Yo lo sé.

—¿Usted? —boqueó él, mirándome atónito—. ¿Qué dice?

—La verdad —respiré con fuerza, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Desde que vi claro y recordé el caso del virus Z-1.003, supe *quién* había traído aquí ese virus consigo... y quién está transmitiendo la enfermedad mortal a todos los demás...

—¿Quién es, Knorr? —murmuró con voz tensa el juez Novak—. Deme ese nombre, pronto... y le prometo la revisión de su proceso y, quizá, el regreso a la sociedad, si existe una duda razonable sobre su culpabilidad.

—¿Usted haría eso, juez? —le miré, sorprendido—. ¿Por qué tal generosidad..., a cambio sólo de un nombre?

—Porque... —el juez se tocó la frente. Vi que retiraba sus dedos húmedos de sudor—. Porque me he dado cuenta de que ya..., *ya he sido contaminado yo también.*

Nos miramos horrorizados todos. Saxon se precipitó a un intercomunicador para dar órdenes urgentes de internamiento clínico del juez Novak. Este me miraba fijamente, con una dura expresión en su rostro halconado.

—Ese nombre, Knorr... —me pidió—. Quiero saber quién es el maldito que nos ha contagiado a todos... Tiene mi palabra... de que

cumpliré lo que he prometido.

—No hacía falta tanta generosidad, juez Novak —suspiré—. Ese agente portador no es consciente responsable de nada. Lleva el virus consigo sin saberlo… Es la única persona en Ciudad Omega que tuvo contacto *directo* con el virus… *¡Mi amigo Shatt!*

Y cuando pronunciaba su nombre, precisamente, para sorpresa de mis interlocutores, yo descubría, en los documentos ultrasecretos de Sanidad Nacional, una terrible, escalofriante revelación sobre el virus Z-1.003, en un párrafo suscrito por los investigadores especializados del Centro:

> «El virus Z-1.003 tiene la terrible particularidad, según hemos comprobado repetidas veces, de ser un microorganismo *inteligente,* que piensa por sí mismo y que, caso de poder alojarse en un cuerpo humano, utilizaría éste, e incluso parle de la mente del ser poseído, para ser conducido y posteriormente apoderarse de otros seres vivos, multiplicándose por millones.
>
> »En suma: su posible agente portador sería, en todo caso, un ser aparentemente humano…, pero que *mentalmente habría dejado de serlo* y estaría engañando a todos… *¡porque él mismo sería el virus!»*

En ese instante, entró Shatt en el laboratorio, con un cortés saludo y una sonrisa amistosa dirigida a todos nosotros.

CAPÍTULO X

Lou Novak cometió un error, antes de que nadie pudiera evitarlo:

—Shatt... ¡Usted! ¡Usted, maldito sea, ha tenido la culpa de esto! ¡Váyase de aquí, pronto! ¡Váyase lejos de todos nosotros, con su infernal virus encima!

Primero Shatt mostró un rostro de asombro, como de no entender lo que le decían. Luego, miró alternativamente a todos los presentes. Saxon y Konrad le contemplaban, pensativos pero serios. Me miró a mí. Traté de contemporizar, de decir algo que evitase quizá un desastre.

Sin embargo, ya había visto en el fondo de sus pupilas un brillo frío y extraño que no me gustó. Un brillo que Shatt nunca había mostrado antes, en todo el tiempo que le conocí. Un fragmento de aquel texto recién leído vino a mi memoria: «. Mentalmente habría dejado de ser un ente humano... Estaría engañando a todos... ¡porque él mismo sería el virus!...»

—¿Qué les pasa a todos? —preguntó, con aparente calma e indiferencia—. No entiendo nada de lo que dice, señor. Yo... sólo vengo a trabajar con mi amigo Knorr...

Se acercaba a mí. Instintivamente, di un paso atrás. Y traté de divagar, de convencerle de que no sabíamos *toda* la verdad. Una verdad que sólo yo sabía por el momento.

—Shatt, cabe en lo posible que tú seas el agente portador, sin saberlo. Por eso el juez Novak habla así... Pero no debes alterarte. Nadie tiene culpa de llevar un virus que no le haga efecto y se transmita a los demás.

—Gary, ¿tú también? —jadeó él, roncamente, con gesto crispado—. Somos amigos. Creí que no me atacarías...

—No te ataco. Sencillamente, expongo una posibilidad. Hemos descubierto algo sobre ese virus. Y creo que tú tuviste algún contacto con él... Por eso suponemos que podría ocurrir que...

La telefoto estaba sobre la mesa, a mi lado. Saxon estaba leyendo lo que allí decía. Vi en su gesto, en su mirada, todo el horror que la verdad le producía. Por fortuna, estaba a espaldas de Shatt, y éste no captó su expresión. Pero aun así, mi amigo estaba empezando

a demostrar que, realmente, había en él algo extraño, ajeno a sí mismo.

—¡No voy a transigir por esto! ¿Me entienden todos? ¡Soy un preso aquí! ¡Bien, lo admito! ¡Quizá sea ejecutado, y también lo acepto! Pero verme manipulado o acusado, no lo toleraré. Yo no padezco mal alguno, no soy portador de nada. No me dejaré tocar ni estudiar, como si fuese una rata de laboratorio. Gary, tú no puedes pensar así, eso es una completa locura...

Saxon cometió ahora el error. Era inevitable. Creo que, de todos modos, hubiera llegado lo que llegó. El desastre estaba desencadenado ya. Y nada ni nadie lo podía detener a estas alturas.

—Es mejor que no se mueva, Shatt —dijo, aplicando a su espalda un arma—. Esto es una orden tajante. Está arrestado. Será conducido al hospital, debidamente sujeto y custodiado, y allí veremos si...

El hombre a quien yo había conocido como mi amigo Shatt, dejó de serlo justo en ese momento. Lo que llevaba dentro, la *cosa* llegada de otros mundos, el microorganismo vivo e inteligente, actuó. Se quitó la careta.

—¡Nooooo! —rugió.

Y se revolvió, furioso, obligando al mayor Saxon a disparar a quemarropa sobre él.

Pero, evidentemente, el agente portador era diferente a los contaminados. O el virus era demasiado fuerte para nosotros. ¡La descarga no le causó daño alguno! En vez de ello, abrasó solamente sus ropas, dejando un boquete sobre su desnuda espalda... y Shatt se lanzó sobre el que tenía más cerca, con el rostro realmente desfigurado de un modo que yo jamás hubiera imaginado.

En vez de rostro... su cabeza toda iba tomando una forma diferente, abultada, color púrpura, informe, sin boca ni nariz, con prominencias adiposa y fofas... Y sus manos, y su cuerpo todo...

Se precipitó sobre el juez Novak, a quien aferró con sus manos monstruosas. Una masa viscosa, babeante, cayó sobre el rostro y ropas del juez, como una purulencia que escapara del cuerpo mulante de quien alguna vez, en otro tiempo, fuera el mismo Shatt que yo conocí.

El juez gritó agudamente, forcejeando, luchando contra el

monstruo, que sólo tenía a Novak entre él y la salida. Pero cayó, bajo el ímpetu de aquel ser de pesadilla, y le vi agitarse, como si agonizara, en el suelo del laboratorio. Shatt —o lo que quedaba de él— se precipitó hacia la salida, buscando la fuga a toda costa.

La alcanzó, empezando a perder sus piernas, para irse convirtiendo en una bola, en una especie de forma oblonga y pastosa, que palpitaba bajo los jirones de sus ropas. Aquella masa repugnante, sin duda el auténtico virus Z-1.003, ya abandonaba la envoltura humana que le sirviera para vivir entre nosotros, agazapado a la espera de su ataque y de la propagación de los millones de virus reproducidos, para nutrirse de carne humana, parecía capaz de huir, de soportar todas las armas que pudieran dirigirle.

Tuve una idea fugaz, cuando le vi cruzar el corredor hacia los ascensores, pasando junto a las vitrinas donde se hallaban los extintores de espuma helada que servían para atacar cualquier posible incendio.

Me precipité sobre una de las vitrinas. Descargué un golpe formidable en la misma, y extraje de su interior uno de los voluminosos extintores. Dirigí el chorro hacia el ser amorfo que huía, situado ya en la entrada de un ascensor, para escapar.

Una sibilante, blanca masa de espuma gélida, brotó del aparato. Yo sabía que era una materia que brotaba y se solidificaba sobre cualquier punto, a más de setenta grados centígrados bajo cero. Y en eso confiaba, simplemente, para vencer a quien no había acusado siquiera el impacto candente de una carga llameante sobre su cuerpo.

Acerté. A la criatura a quien el calor nada hacía, el frío tenía que causarle daño. Al menos, el suficiente para frenar su huida, para reducirle a la impotencia. Y así era.

Primero se agitó, con convulsiones horribles, mientras la espuma, inexorable, le envolvía en un pastoso sudario del que brotaba un vaho helado. A medida que esa espuma se convertía en escarcha y luego en hielo sólido, la forma se iba inmovilizando, tras una serie de espasmos. Y finalmente, antes de vaciar el gran extintor, la *cosa* era sólo una enorme bola de hielo cristalizada.

—Llamen a un vehículo frigorífico —dije, jadeante, volviéndome a Saxon y Konrad—. Que le conduzca tal como está a un lugar seguro, mantenido en hielo, hasta que sepamos por ese *dossier* la forma exacta de destruirlo. Y espero que esta vez… para siempre.

Ellos asintieron. Vi que miraban tristemente el horrible cadáver del juez Novak, al que los agentes armados iban a destruir sistemáticamente, como era reglamentario en estos momentos con todos los contaminados.

—¿Ha muerto? —pregunté.

Asintieron en silencio. Luego, ambos me miraron. Fue el mayor Saxon quien me informó de la mayor de todas las sorpresas imaginables:

—Antes de morir, el juez Novak habló, amigo mío... El jefe de policía Konrad y yo somos testigos de ello.

—¿Habló? ¿De qué? —quise saber.

—De usted. De Hazel, su antigua novia... y del hombre que se casó con ella y fue asesinado. Sabemos ya que no fue usted. El, aunque le condenó a muerte... también lo sabía.

—¿Cómo es posible semejante monstruosidad? —dudé.

—Porque el juez Novak... era el socio secreto de aquel hombre —suspiró Konrad—. El mismo lo ha explicado al sentir llegar la muerte... Le mató por cuestiones de finanzas poco claras... y le culpó a usted para quedar libre de toda sospecha mientras viviera...

—Dios mío... —murmuré—. Y ahora tuvo que descubrirse la verdad...

Contemplé al juez Novak. Sin rencor siquiera. Ya no valía la pena sentirlo.

* * *

—¿Y... qué va a ser de Ciudad Omega?

—No lo sé. El Gobierno resolverá. Tal vez se destine a centro de rehabilitación de ciertos delincuentes, pero ya las condiciones de vida serán diferentes —el mayor Saxon se encogió de hombros, mientras aguardaba la llegada de un tren especial en la estación de Ciudad Omega, junto a Sharon y a mí—. El experimento fracasó, es evidente.

Cuando un hombre prueba un poco tarde su inocencia, ¿qué se haría con él, si el mundo no puede saber que existe una Ciudad Omega para los delincuentes de penas graves? Saber que se viene aquí a ser igualmente ejecutado o a pasar la vida entera, ya no tendría sentido, ni endulzaría la vida del condenado, como pretendieron los sociólogos y legisladores.

—Sí, es lo que supongo —asentí—. A mí me tenían que devolver al mundo, puesto que el juez probó mi inocencia... Y Sharon, que ha sido perdonada por causa de mi pacto con ustedes y el papel que representé en este drama... tampoco hubiera podido regresar, pese al indulto. Creo que Ciudad Omega no es una idea viable. Mientras haya delincuentes, tendrá que haber prisiones, nos guste o no. O, como máximo, una ciudad así, para pasar en ella un período de encarcelamiento bastante suave..., pero no para condenados a la última pena... En fin, mayor. Gracias por todo. Es hermoso regresar al mundo, después de haberlo creído perdido para siempre.

—No tiene que agradecerme nada. Era la promesa del juez Novak. Luego, llegó su confesión, y usted quedaba libre de cargos. En cuanto a Sharon..., creo que será una delincuente que se rehabilitará, gracias a usted.

—Esté seguro de ello —sonrió Sharon, oprimiendo mi mano con calor—. Al menos, de algo habrá servido Ciudad Omega. Me encontré a mí misma en estos meses aquí. Espero ser una mujer diferente. No robar nunca más, no cometer delito alguno... Aprendí la lección, puede creerme, mayor.

—La creo, Sharon —suspiró el jefe de Seguridad Urbana con una leve sonrisa—. Les deseo a ambos que sean felices. Se lo merecen.

—Omega es la última letra del alfabeto griego —comenté, pensativo—. Debí pensarlo, para comprender que esto era el fin de todo... Pero para nosotros ha sido el principio, mayor. El principio de una vida mejor, sin duda alguna.

—Ahí viene el tren especial que ha de conducirnos al mundo —habló Saxon—. A fin de cuentas, a mí también me gustará estar lejos de esta ciudad. Era demasiado falsa. Una mentira demasiado evidente, para que fuese de mi gusto. Yo debo ocupar un asiento en el vagón oficial. Nos veremos al llegar a..., a cualquier parte, ¿no es cierto? Y nos despediremos, amigo Knorr.

—Claro —asentí—. Nos despediremos. Como buenos amigos,

mayor. Algo que nunca imaginé que sucedería…

Poco después, el tren nos llevaba lejos de Ciudad Omega. A vivir una vida nueva y diferente. En otros lugares más humanos y reales. Sin sentirnos prisioneros. Sin vernos rodeados por el invisible muro electrónico de seguridad que Shatt había soñado con atravesar aquella noche…

Claro que ya no era Shatt quien lo hubiera cruzado, sino un virus gigantesco e inteligente, poseedor de un cuerpo humano. Un virus que quería extenderse por el mundo, multiplicarse hasta el caos…

Pero Shatt nunca llegó a escapar de Ciudad Omega. Al menos en eso, el lugar cumplió una misión beneficiosa para todos.

Y nosotros, Sharon y yo, tampoco tuvimos que intentar una fuga desesperada de allí, para sentirnos libres en alguna parte. Nosotros dos, ya éramos libres. Unidos en nuestra libertad, como nos habíamos sentido extrañamente unidos en Ciudad Omega, durante unas jornadas tensas y dramáticas.

Pero todo eso quedaba ya atrás. Igual que Ciudad Omega.

Lo importante era lo que tenía que venir. El futuro. Nuestro futuro…

F I N

[1] ***En inglés, «Muerte» es «Death». Así, la letra D es, lógicamente, su inicial en las obras escritas en dicho idioma.***